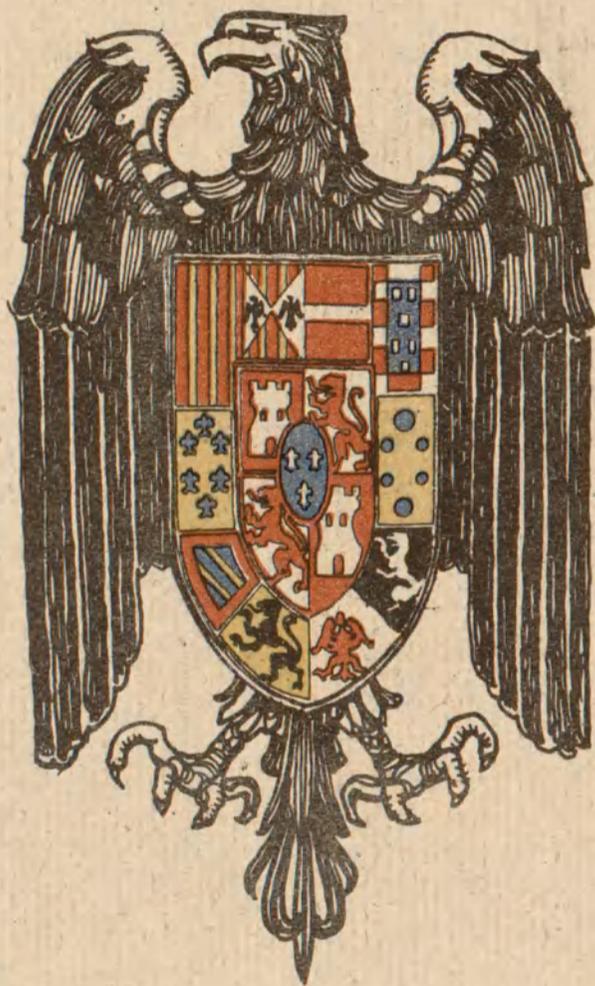


VOLUNTAD

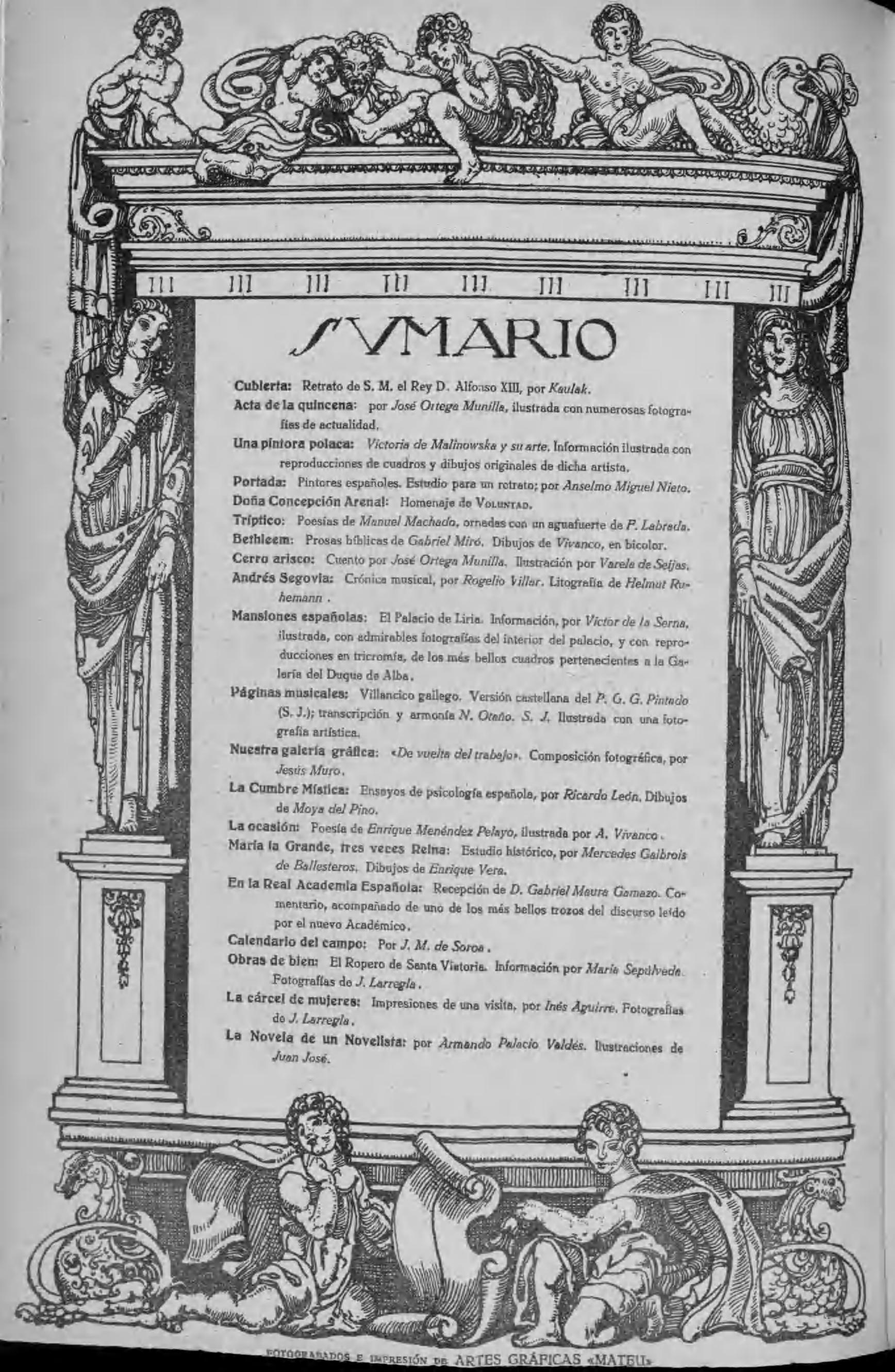


· NUMERO · VI ·

MADRID · 1.º · D · FEBRERO DE · 1920

· DIRECCION ·
COLMELA Nº 8

PRECIO DE ANO ·
DOS PESETAS



SUMARIO

- Cubierta:** Retrato de S. M. el Rey D. Alfonso XIII, por *Kaulak*.
- Acta de la quincena:** por *José Ortega Munilla*, ilustrada con numerosas fotografías de actualidad.
- Una pintora polaca:** *Victoria de Malinowska y su arte*. Información ilustrada con reproducciones de cuadros y dibujos originales de dicha artista.
- Portada:** Pintores españoles. Estudio para un retrato; por *Anselmo Miguel Nieto*.
- Dña Concepción Arenal:** Homenaje de **VOLUNTAD**.
- Tríptico:** Poesías de *Manuel Machado*, ornadas con un aguafuerte de *P. Labrada*.
- Bethleem:** Prosas bíblicas de *Gabriel Miró*. Dibujos de *Vivanco*, en bicolor.
- Cerro arisco:** Cuento por *José Ortega Munilla*. Ilustración por *Varela de Seijas*.
- Andrés Segovia:** Crónica musical, por *Rogelio Villar*. Litografía de *Helmut Ruhemann*.
- Mansiones españolas:** El Palacio de Liria. Información, por *Victor de la Serna*, ilustrada, con admirables fotografías del interior del palacio, y con reproducciones en tricromía, de los más bellos cuadros pertenecientes a la Galería del Duque de Alba.
- Páginas musicales:** Villancico gallego. Versión castellana del *P. G. G. Pintado* (S. J.); transcripción y armonía *N. Otaño*. S. J. Ilustrada con una fotografía artística.
- Nuestra galería gráfica:** «De vuelta del trabajo». Composición fotográfica, por *Jesús Muro*.
- La Cumbre Mística:** Ensayos de psicología española, por *Ricardo Ledá*. Dibujos de *Moya del Pino*.
- La ocasión:** Poesía de *Enrique Menéndez Pelayo*, ilustrada por *A. Vivanco*.
- María la Grande, tres veces Reina:** Estudio histórico, por *Mercedes Galbrois de Ballesteros*. Dibujos de *Enrique Vera*.
- En la Real Academia Española:** Recepción de *D. Gabriel Maura Gamazo*. Comentario, acompañado de uno de los más bellos trozos del discurso leído por el nuevo Académico.
- Calendario del campo:** Por *J. M. de Soros*.
- Obras de bien:** El Ropero de Santa Vitoria. Información por *María Sepúlveda*. Fotografías de *J. Larregla*.
- La cárcel de mujeres:** Impresiones de una visita, por *Inés Aguirre*. Fotografías de *J. Larregla*.
- La Novela de un Novellista:** por *Armando Palacio Valdés*. Ilustraciones de *Juan José*.

AÑO II **VOLVNTAD** NÚM. 6

MADRID, 1.º DE FEBRERO DE 1920



S. M. EL REY DE ESPAÑA DON ALFONSO XIII

(Fot. Kaulak)

② ② A NUESTROS
SUSCRIPTORES ② ②

EN EL «MEMORANDUM» QUE ACOMPAÑABA AL NÚMERO CUARTO DE «VOLUNTAD», ADVERTÍAMOS A NUESTROS LECTORES QUE, AL REANUDAR NUESTRA LABOR DESPUÉS DE SOLUCIONADA LA HUELGA DE ARTES GRÁFICAS, PUBLICARÍAMOS NUESTRA REVISTA SEMANALMENTE, CON OBJETO DE QUE LOS SUSCRIPTORES QUEDARAN EN POSESIÓN DE LOS NÚMEROS ATRASADOS

PERO LAS INEVITABLES DEFICIENCIAS QUE AHORA SE NOTAN EN TODA IMPRENTA, COMO CONSECUENCIA DE LA DESORGANIZACIÓN RESULTANTE DE LA HUELGA Y DE LA ACUMULACION DE TRABAJO HACEN QUE, A PESAR DE LOS ESFUERZOS DE NUESTRO PERSONAL DE REDACCION Y TALLERES, NOS SEA IMPOSIBLE REALIZAR EL PLAN QUE NOS HABÍAMOS TRAZADO

POR LO TANTO, Y PARA EVITAR QUE LOS NÚMEROS DE «VOLUNTAD», APAREZCAN CON FECHAS ATRASADAS Y CON INFORMACIONES DE LEJANA ACTUALIDAD, EDITAMOS EL PRESENTE NÚMERO SEXTO CON FECHA CORRIENTE Y EN ÉL RECOGEMOS LOS ACONTECIMIENTOS MÁS INTERESANTES DEL MES PASADO Y DEL MOMENTO ACTUAL

CON OBJETO DE QUE NUESTROS SUSCRIPTORES RECIBAN EXACTAMENTE EL NÚMERO DE EJEMPLARES QUE CORRESPONDE A LOS PLAZOS DE LAS SUSCRIPCIONES, QUEDAN ESTAS PRORROGADAS POR UN MES. DE ESTE MODO, NUESTROS SUSCRIPTORES DE UN AÑO, UN SEMESTRE Y UN TRIMESTRE, RECIBIRÁN 24, 12 Y 6 EJEMPLARES, RESPECTIVAMENTE



ACTA DE LA QUINCENA



Conformément aux dispositions des clauses finales précitées, le Gouvernement français donnera avis aux Puissances contractantes des dates et des instruments des Ratifications ultérieurement effectuées par les États qui sont signataires desdits Traité, Protocole et Arrangement et qui n'ont pas été en mesure de procéder des aujourd'hui à cette formalité.

EN TOUTE QUOI, les soussignés ont dressé le présent procès-verbal et y ont apposé leurs cachets.

Fait à Paris, le dix janvier, 1919, à seize heures quinze minutes.

Quisiéramos mirar a Barcelona con aquellos ojos en que palpitaba el entusiasmo, los que vieron la Exposición Universal, inaugurada por S. M. la Reina Regente doña María Cristina, cuando se reunieron en el puerto de la Ciudad Condal barcos de todas las naciones, y cuando la Madre Augusta de Don Alfonso XIII recibió el homenaje unánime de la diplomacia. ¡Cuánto tiempo ha pasado! ¡Qué distintos los días!... Ahora no llegan de Barcelona sino noticias de lúgubres. La violencia y el desacato a la ley perduran y se repiten. El presidente de la Asociación patronal Sr. Graupera, y los que le acompañaban en un automóvil, fueron heridos por disparos hechos a mansalva, y el representante de la autoridad Sr. San Germán Ocaña cayó muerto.

Hemos de consignar nueva protesta contra esos delitos; aún será más fuerte la que ha de ser fulminada contra los indiferentes testigos del hecho. Y esa es la enfermedad que venimos sufriendo: la indiferencia, especie de helazón del alma, miseria de la voluntad. ¿Cómo queremos que nos defiendan, si no sabemos defendernos nosotros?... Bastaría un movimiento enérgico de las muchedumbres cultas para ahogar el

crimen. Pero el bienhallado con la fortuna limitase a saber o que ocurre, a alguna exclamación que deje a salvo su conciencia. Ignora el tal que, por la parvedad de sus intenciones y de sus actos, se convierte en cómplice de los asesinos. Porque no es solo culpable quien dispara la pistola o quien lanza la bomba, sino quien, con el silencio y la temerosa abstención, deja que la maldad opere.

Hemos de consignar nuestros aplausos a la digna conducta del Sr. Graupera y del Sr. Batlle y de los otros que sufrieron el ataque. Ellos han respondido a la representación que ostentaban. Caballeros vigorosos, que saben resistir el odio de los enemigos... Y en cuanto al desventurado San Germán Ocaña, su sacrificio le destaca ante la gratitud de los hombres de buena voluntad.

Zaragoza, la ciudad invicta, la de los históricos heroísmos, ha visto manchada la nobleza de sus pabellones con un intento de sublevación militar. Y la mejor prueba de que subsisten íntegramente la idealidad y las memorias del tiempo antiguo en la Señora del Ebro, es que ese cona-



Solemne acto de la ratificación del tratado de Versalles. Última página del Acta de Ratificación con los sellos de Inglaterra, Francia, Italia y el Japón, y las firmas de Lloyd George, Clemenceau, Nitti y Matsui (Fot. Central News)

to miserable quedó ahogado apenas se produjo. La fidelidad de los soldados del arma de artillería que, obedeciendo a su juramento, formaron en el patio del cuartel del Carmen, para obedecer a su ilustre coronel, nos indemniza de la sangrienta escena en que fueron asesinados el teniente D. Anselmo Verges y el sargento Antón, que estaban de guardia.

Más que públicos homenajes para estas víctimas de la sacra obligación, quisiéramos que la viuda y los niños de Verges y la familia de Antón, recibieran millares de tarjetas de todas las esposas españolas, y que en esos papeles se expresara la gratitud nacional para los que supieron morir bajo el pabellón de la Patria. No hay que olvidar que en estos trances, cuantos amamos la ley debemos reunirnos para reparar los agravios que se la infirieron... Cerca del cuartel donde ha ocurrido este suceso lamentable, está



S. M. la Reina Guillermina de Holanda, cuyo gobierno se ha negado a conceder la extradición del Kaiser

moral de Francia, hay que reconocer la grandeza del espíritu público, enemigo de la facción y la tropelía.

Espacio mayor del brevísimo que corresponde a esta crónica, habría de ser dedicado al suceso en que nos ocupamos. Tenfese por cierta la elección de Mr. Clemenceau, el hombre de fiero carácter, a quien se llama, exagerando los términos, «El Padre de la Victoria». Otros le denominan «El Tigre». Tal vez por las imposiciones de la realidad, acaso por recrudescencias de su carácter de luchador, de un luchador que ha llegado a la senectud, ese hombre preclaro representa la ira, el odio, El odio al Catolicismo, la ira contra la piedad del perdón... Y es cierto, no podrá negarse que, la derrota de Clemenceau y el triunfo de Deschanel, significan el ansia del corazón de los franceses por una nueva era de generosidades.

Mr. Deschanel es un literato, es un hombre de estudio. Ha vivido en la paz



El insigne Galdós conversando con doña María Guerrero y D. Fernando Díaz de Mendoza. Fotografía obtenida hace algunos años, en la época en que Galdós preparaba sus últimas obras (Fot. Vidal)

la Puerta del Carmen, la de las piedras amarillentas, en las que aún quedan señales del destrozo de la artillería napoleónica... Sin que sea posible olvidar tampoco que, dominando la ciudad, fulge la cúpula del Templo de la Virgen del Pilar, la madre que nos contempla y nos guía...

La vida política universal ha cambiado por el solo hecho de la elección de Presidente de la República francesa. Su Excelencia Deschanel, ha triunfado magníficamente en el comicio de la ciudadanía gala. Digamos en honor del pueblo vecino, que es admirable cómo se transforman allí las organizaciones del poder supremo, sin que estallen motines, sin que el disturbio ni la violencia se impongan a la libre emisión del voto de los representantes. Sea cual fuere nuestro juicio sobre el régimen



Mr. Paul Deschanel, nuevo Presidente de la República francesa

cristiana de una familia honorable. Muchos años hace que lleva la representación casi unánime de su país. Llega a la Alta Magistratura, con la esperanza de todos los corazones nobles.

¡Quiera el cielo que Deschanel restaure las heridas y haga olvidar los odios!

Menéndez Pelayo dijo: «Colosal narrador de la anécdota histórica, la de una historia que aún no ha sido escrita, es Pérez Galdós un maestro insuperado en esta manera de recordarnos lo que fué...» Castelar había dicho: «Acaso tenemos un cronista superior a los hechos que ha de narrar... Galdós ha inventado un género literario, y no puede pasar ante esa figura la Patria sin un gesto de reverencia...» Echegaray exclamó: «Galdós nos cuenta lo que ha estudiado y lo que ha adivinado, y en



Boda de D. José María Carbonero y Castell con la Srta. Josefa Travesedo y Silvela



Boda del Conde de Catres con la Condesa de Buenavista de la Victoria

el relato no hay diferencia entre sus palabras y lo que, por azar, conocemos del tiempo pretérito...»

El hombre de quien estos juicios se han emitido, no podía pasar a la tumba sin que le acompañara en el tránsito la emoción de los ciudadanos. Muchos de los que acudieron al homenaje no habían leído a Galdós, y acaso no saben leer. Pero los aplausos de los ignaros tienen un valor inestimable. Ellos serían incapaces de apreciar el esfuerzo del que se fué, pero sienten una como responsabilidad en el olvido de la maestría imperecedera.

Y con esto bastará, ya que la crónica de VOLUNTAD ha de ser breve, para que conste la desventura que han sufrido los españoles. La mayor glo-



Una escena de *L'Aiglon*, de Rostand, interpretada por el señor Mendoza y Guerrero, en el Teatro de la Princesa

rificación del autor de *Los Episodios Nacionales*, está en el prodigioso discurso que D. Antonio Maura pronunció en la Real Academia Española, y que ha sido impreso y se circulará en breve en los ámbitos de la ilustración.

En el teatro de la Princesa se ha verificado el estreno del drama de Rostand, *L'Aiglon*, traducido por los señores Machado y Oteyza. Fernando Díaz de Mendoza y Guerrero ha logrado un nuevo triunfo, que le califica entre los maestros de la escena. Napoleón el Grande no figura en el drama de Rostand, pero su imaginación genial se impone desde lejos.

Manifestación de duelo llevada a cabo en Barcelona, con motivo del entierro del señor San Germán, víctima de un atentado sindicalista



Fots. Vidal



Autorretrato, por Victoria Malinowska



Retrato de la señorita Carmen Espinosa de los Monteros y Dato

UNA PINTORA POLACA — VICTORIA DE MALINOWSKA

La señorita Malinowska, de origen polaco, es en verdad una mujer cosmopolita... Su vida de artista errante, vida llena de anhelos y de inquietudes, buscó los paisajes más diversos y los ambientes más opuestos... Fué, desde los jardines de Crimea, hasta las estepas de Siberia; buscó, luego, la dulzura de Francia, y vino a compartir con nosotros, al cabo, lo bueno y lo malo de esta paradógica existencia que es la de España.

La señorita Malinowska ha expuesto, en distintas ocasiones, grupos de obras muy notables. Durante estos días últimos, y en el Ritz, la joven pintora polaca obtuvo un éxito muy halagüeño con una nueva exposición de sus cuadros, entre los que llamaron la atención, muy especialmente, los retratos



Retrato de la señorita Carmen Aguado

de la señorita María del Carmen, Espinosa de los Monteros y Dato, y del maestro Bretón.

La personalidad de esta artista original y fuerte ha de interesar a nuestras lectoras y a nuestros lectores. Por ello tratamos de reflejar en estas líneas algo del espíritu y de las orientaciones de la señorita Malinowska.

La preguntamos: — ¿Cuáles son sus maestros preferidos?

—La naturaleza en primer lugar. Ella fué mi inspiradora siempre, y ella me orientó por los derroteros de este arte moderno que es el que está más cerca de la vida y de la luz... Yo me he formado lejos de los museos y de las galerías, sin conocer la obra de los maestros antiguos y modernos más que por reproducciones siempre defec-

tuosas, y he de confesar que al hallarme por vez primera ante ciertos originales experimenté una gran sorpresa, ya que mi fantasía los había imaginado muy distintos... Cuando visité los museos de Varsovia y de Petrogrado, primero, y los de Berlín y de París más tarde, las obras de los antiguos, lo mismo que las de los contemporáneos de vieja escuela, no me produjeron emoción alguna. Las contemplaba con la relativa indiferencia que, por ejemplo, causa la presencia de un mueble, por bello que sea... En cambio, los Renoir, los Manet, los Sisley, me inquietaron siempre con ese afán de trabajo y de producción que nace del estudio y, sobre todo, de la instantánea comprensión de la obra de arte.

—Entonces —volvemos a inquirir— su orientación de usted ¿cuál es, en definitiva?

—Moderna... Muy moderna, sin por eso llegar ultramodernismo que, en mi opinión, es arte puramente decorativo: algo así como un juego sutil del ingenio, que transforma la naturaleza a su capricho, para obtener la sorpresa de un inesperado efecto.

—¿Qué influencia han ejercido sobre usted, sobre su temperamento y su técnica, la vida y el arte españoles?

—He estudiado y he aprendido mucho, en el museo del Prado... Velázquez, el Greco y Goya, que se me an-



tojan pintores mucho más modernos que todos los contemporáneos de escuelas avanzadas, me han dado la clave de muchos enigmas de concepción y de ejecución que hasta ahora, no había acertado a descifrar... Por lo demás, mi espíritu se acomoda tan bien con la vida española que tal vez en ninguno de los países que hasta ahora he visitado hallé un ambiente tan propicio como lo es este para mi trabajo... Por ello he de prolongar todo lo posi-

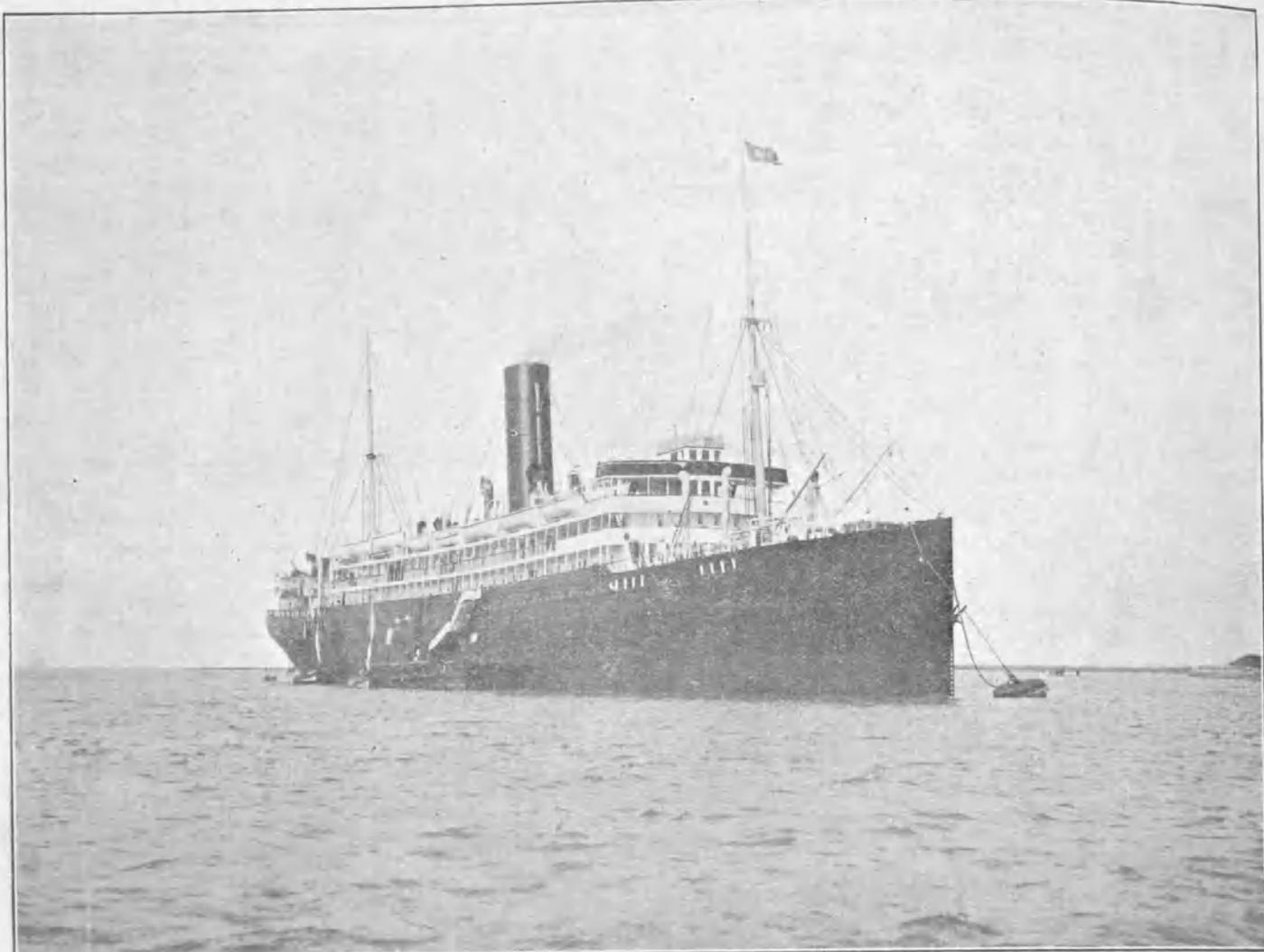
ble mi estancia en España. Deseo conocer los paisajes, los tipos, los caracteres tan diversos de sus regiones, y buscar en ellos inspiración para mis mejores cuadros... Este es mi sueño... Lo que no sé, ni remotamente siquiera, es hasta qué punto me será dado realizarle... Tengo, en efecto, que trabajar para vivir, ya que la tragedia bolchevista que arruinó a tantas gentes empobreció a mi familia de tal modo que hoy sólo puedo pensar en la lucha por la existencia diaria, sin que apenas me queden tiempo y fuerzas para luchar por el porvenir...

Esto nos dice la señorita Malinowska... Esto apuntamos, en breves líneas, y en ellas, consignamos también, para que sirva de aliento a la joven pintora, nuestra simpatía hacia su esfuerzo laborioso y perseverante, doblemente admirable por serlo de una artista y de una mujer.



Cerezas
Paisaje de Bre-
taña

Puerto de Pasajes
Cuadros de Mali-
nowska



Servicio de la Compañía Trasatlántica

LINEA DE CUBA MEJICO.—Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para Habana y Veracruz. Saliendo de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

LINEA DE BUENOS AIRES.—Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LINEA DE NEW-YORK, CUBA MEJICO.—Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New-York.

LINEA DE VENEZUELA-COLOMBIA.—Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

LINEA DE FERNANDO PÓO. Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante, de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

LINEA DE BRASIL-PLATA.—Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires, emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios, la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos Cantábricos a New-York, y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables, y pasajeros a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y esmerado trato, como lo acreditó en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.



PERUGINO : *La Natividad*

Cuadro de la Galería de Alba

MANSIONES ESPAÑOLAS

EL PALACIO DE LIRIA



insigne de las épocas más gloriosas de nuestro arte. ¿Quién no adivina en la severa traza de sus

ENTRO YA DEL recinto de la bulliosa Villa, recatada elegantemente entre mirtos, laureles y cipreses, álzase la fábrica admirable de este palacio, relicario

muros graníticos, el genio creador de D. Ventura Rodríguez? Desplegó el maestro las alas de su espíritu y surgieron de las manos prodigiosas, formas clásicas, armoniosas y ponderadas, justas y limpias como un soneto del Petrarca. Itálico el estilo, pero muy española la graciosa traza, acertó a unir de manera impecable la *villa* romana y el palacio madrileño. Mezclada con ambas modalidades, una pulcritud británica muy ceremoniosa, muy solemne, nos recuerda que el ducado de Liria lo conquistó un noble inglés en los campos sangrien-



Escalera principal del palacio de Liria

tos de Almansa, defendiendo el derecho de un rey español. Empeñó su palabra el Duque de Berwick y la defendió aún contra sus compatriotas, aliados del Archiduque D. Carlos. La lealtad sajona sostuvo con la espada el

«...Felipe V, reinará...»

que escribían en las piedras de la Corte los buenos madrileños enamorados de su Rey. Y el Monarca ofreció al valiente paladín la merced de la villa valenciana que da nombre al palacio, joyero de recuerdos conmovedores e insignes del ducado de Alba.

Guardadora ilustre del tesoro, D.^a María del Rosario Falcó y Ossorio, auxiliada en sus tareas por los beneméritos Paz y Melia y Barcia Pabón, puso ella misma sus manos en la minuciosa y ordenada colección, la más interesante y completa quizás de las particulares de Madrid; y confeccionó el magnífico catálogo que describe y señala una por una las joyas del museo.

Sería imposible fijar categorías en la deslumbradora sucesión de estancias, todas ataviadas del lujoso aparato de una mansión ducal. La gran escalera «imperial» conduce a la sala Venatoria ador-

nada con trofeos de caza—pesadas patas de *rhino*, colmillos de elefante, cocodrilos exóticos, un oso polar gigantesco e inútilmente amenazador—y con cuadros de De Vos, que acaban de entonar el conjunto. Nada más lamentable que las grandes fieras rellenas de pelote, con las fauces de cartón y las pupilas de vidrio. Sin embargo, cuando son el recuerdo de un episodio y están discretamente distribuidas, entre obras de arte, tapices y damascos, cuando por las vidrieras de los balcones pasa la luz verdosa que se tiñe en las acacias de un parque, el caimán del Nilo Azul y el oso de Spitzberg son dos elementos decorativos muy simpáticos: cobran el mismo valor artístico que las rampantes figuras de un blasón o que los toros alados, guardianes del templo de Anú.

El despacho de la Duquesa es como el *sancta sanctorum* del palacio. En pie sobre el polícromo tapiz de Oriente, esperamos respetuosos y cobardes, sin saber a qué. Sola, modesta, amorosamente respetada, una mesita sencilla, ante la cual abre los brazos un sillón austero y elegante, recuerda la grácil figura de la dama, bondadosa y amable, dispuesta siempre la noble mano a tenderse acogedora y simpática. Es el salón una cámara de ensueño. Se necesitan unos minutos para orde-



Sala de Vitrinas

nar las causas de vivísimas emociones que se suceden, precipitadas, torrenciales, amartillando como arietes la sensibilidad, sacudiendo el espíritu en estremecimientos inefables. En una vitrina, junto al sello del Emperador, se extiende una hoja marfileña con unos signos y unas letras. El pulso del Almirante trazó en ella el primer contorno de tierra americana: corre la línea sinuosa sobre la morena superficie del folio: la tinta, empalidecida por el aire de cuatro siglos, tiene tonos azulados; y parece una vena tendida bajo la curtida piel de la diestra inmortal. Conmueve la reliquia profundamente, dejando en el alma el eco de unas voces ultrahumanas que apenas se aciertan a precisar.

Se agrupan en las vitrinas autógrafos de Catalina de Médicis, María Estuardo, Tiziano, Teniers, Don Juan de Austria... Una letra saltarina, menuda, nerviosa, hiere como una saeta, grita y se encrespa estridente dominando a todas. Leemos: *Jean Jacques Rousseau*. Las paredes de esta sala son una pinacoteca admirable: todos los cuadros son de primer orden, de las mejores épocas de todas las escuelas. Pero hay algunos singularmente hermosos y que bien merecen las atenciones y el homenaje de unas líneas. Son tres, típicos, representativos, sugerentes: Perugino, Murillo, Zuloaga.

He aquí sus autores. Si nos obligaran a mostrar nuestras preferencias, de una manera fatal, astronómica, volveríamos el rostro hacia Zuloaga con atracción irresistible: tal vez porque nos llama con voces nuevas, conocidas, familiares; tal vez porque nos ordena de un modo inapelable, nos clava el espíritu en admiraciones hipnóticas, nos tiraniza la sensibilidad. Representa en esta colección el retrato del Duque, la culminación del genio español pictórico en la edad contemporánea. Velázquez, Goya, Zuloaga: He aquí la trinidad base del desarrollo de la pintura ibérica. Y, por consiguiente, he ahí los tres mayores pintores del mundo occidental. Zuloaga, que tiene de Velázquez todo lo que quiere y de Goya todo lo que puede humanamente, ha llegado en el retrato del Duque a hacer cantar la línea, a hacer palpitar el color. Nada más español que este retrato, elegante y altanero, cálido y silencioso como una tarde estival. Al poco tiempo de contemplarle nos parece mentira no estar respirando su ambiente, no estar dentro de su aire, no vivirle de verdad, no cantar con su línea, no palpitar con su color... Se ha hablado mucho de las influencias de pintores antiguos sobre el coloso eibarrés. En efecto, ¿quién no ve tras sus tonalidades tranquilas, sus suaves empastes, la tradición del Españolito,



Goya: Retrato de la Marquesa de Lazán

Galería de Alba



Dormitorio del Duque

Carreño, Pantoja y el mismo Murillo? En todo cuadro de Zuloaga hay una nota tradicional; de todos puede decirse el entronque ilustre, casi siempre sobrepujado: en todos, un goyismo inevitable canturrea alrededor de la obra como una obsesión. En dos retratos, sin embargo, Zuloaga se influencia de sí mismo más que de nadie, se satura de sí y se «produce» de una manera purísima, original, zuloaguesca: en el retrato de Anita Ramírez y en el del Duque de Alba, Don Jacobo de Stuart Fitz—James y Falcó, que nosotros ponemos por pareja.

El Perugino, el anciano maestro que Giovanni Santi, padre de Rafael, declaraba *par d'etade e par d'amori* con Leonardo, tiene en la galería ducal una de sus obras más típicas. Representa el preceptor artístico de Rafael, el último tipo de pintor ingenuo, primitivo y dulce de la apacible Umbría. El efecto *escénico* de la composición está logrado con una blanda poesía, plácidamente, sin una inquietud ni un estremecimiento: las sonrisas son buenas, inocentes, puras, sin trascendencia alguna que conmueva ni haga pensar. Tres cabecitas de ángeles, como tres botones de rosa, cierran el círculo. Al Perugino le hubiera parecido un

desatino geométrico dejar aquel espacio claro sin el broche de las cabecitas. Pero, sin incurrir en exageraciones prerrafaelistas, el Perugino tiene el mérito de haber introducido la simplicidad y el orden entre los pintores florentinos, trillándole el terreno a su discípulo. Y, sobre todo, sin el *Francesco dell'Opera*, del Perugino, no se habría pintado el *Cardenal*. ¿Se habría pintado *La Perla* sin la *Sagrada Familia* del Palacio de Liria?

Frente por frente a esta joya del arte italiano está uno de los cuadros más interesantes de Murillo. ¡Murillo! Nuestra generación de *snoobs* se ha habituado a no ver en el gran pintor sevillano más que al artista asalariado, que con un afán de lucro repite sus caras dulzonas, sin pararse la crítica majadera de los ignorantes a indagar de donde viene este pintor que no se parece a ninguno de su época, cuál es el misterio que fascina en sus cuadros populares y en muchos religiosos, qué tienen esos mendigos y esos rapaces: mirad un día, muy fijamente, hasta obsesionaros, la Santa Isabel, del Prado, guardad el recuerdo y marchaos a San Antonio de la Florida, y, siempre guardando la distancia, la misma que hay entre Leonardo y Perugino, decid si el sevillano y el aragonés no son *par d'e-*



El viejo Duque de Alba

tade e par d'amori. Mirad ese retrato de Gabriel Esteban y comparadle con el de Don Juan Antonio Llorente, por Goya: si bien es verdad que entre los dos retratos media idéntico abismo que entre el espíritu de los dos modelos, ¿no tiene la factura cierto aire que les es común? He aquí por qué citamos

aparte este notabilísimo cuadro del gran Murillo. Frente por frente al del Perugino, nos recordaron ambos las incomprensiones y las estupideces de la moda en el arte. Y ahora es de moda decir que Murillo fué un pintor rastacueros. Tiempo habrá de demostrar a los *snoobs* su rastacuerismo: allá cuando



ZULOAGA: *El Duque actual de Alba y de Berwick*

Galería de Alba

empiecen a incurrir también por *snoobs* en las exageraciones de Goldsmith, hablando del Perugino, y digan que Murillo fué el primer pintor español. Que lo dirán.

Un paisaje de Rembrandt, honrado como suyo; el precioso retrato de Blanca Capello; un Fray An-

gélico, fino y nacarado como un lirio; un primitivo toledano; un probable Rafael; un Tiziano; cien joyas más de la pintura, el libro, la tapicería. Con ser todo ello tan hermoso tendría la sala el aire frío de una prisión del arte si un soplo de gracia helénica no vivificara el ambiente desde un már-



BEATO ANGÉLICO: *La Virgen de la Granada*

Galería de Alba.

mol, siempre joven, a través de miriadas de años. Abandónase el despacho de la Duquesa con cuatro impresiones imperecederas: Colón, Rousseau, Zuloaga, Grecia...

Siguen las estancias, sucediéndose como en un sueño de arte: tapices de la Real Fábrica y de los Gobelinos; muebles de Waring; transparentes que dan al *parterre* y por donde entran las enredaderas y los olmos. En las habitaciones, casi todas alhajadas con el gusto francés del Imperio, o de los Luises, hay siempre alguna cosa notable desde el

punto de vista artístico: tal, el retrato de la Emperatriz Eugenia, por Winterhalter, admirable representación del arte cortesano del siglo xix.

El salón de fiestas —acertada entonación de amarillo y oro— abre sus balcones sobre el *parterre*, donde hace cerca de cuarenta años patinaba sobre el hielo Don Alfonso XII. Sigue el salón de verano, la más bella de las estancias francesas del palacio.

La armonía cromática está lograda con una impensada habilidad y completada maravillosa-



MURILLO: Retrato de su hijo Gabriel

Galería de Alba

mente por la alfombra oriental, adquirida por el joven Duque en uno de sus viajes por el Asia misteriosa.

Heredó el Duque actual, de su madre, el amor hacia la casa de Alba, y lleva tan grabados en el recuerdo hasta los colores de sus tapices, que le bastó ver la alfombra riquísima para telegrafiar preguntando las dimensiones de la sala de verano.

Tiene esta sala dos soberbios ejemplares de los Gobelinos: son dos retratos: uno de Napoleón III y otro de su augusta esposa, tan minuciosamente perfeccionada la mecánica que se con-

fundirían con dos lienzos de color, algo cargados.

Todo el salón tiene una cordial y acogedora traza, sin que en él los muebles estén alineados como en un escaparate, sino distribuidos con la sabia discreción del artista. En esta cámara como en la sala de baile y en el comedor no hay instalación de luz eléctrica.

Atendiendo siempre al mejor logro de la tonalidad cromática se ha prescindido de la luz blanca y chillona que aplastaría los colores suprimiendo el claro-oscuro. Por eso la iluminación artificial se consigue con velas de cera.

La salita de las estampas posee pruebas de los mejores grabadores y agua-fuertistas del mundo.

Pero donde la admiración llega al colmo,



PABLO VERONÉS: Blanca Capello

Galería de Alba.



Salón de verano

allí donde el espíritu se anonada mudo y devoto es en la cámara de los Goyas, recinto conmovedor de la más pura emoción estética. El retrato de Doña María Gabriela Palafox y Portocarrero, marquesa de Lazán, es seguramente una de las obras más notables de Goya. El terrible fustigador que retrató con implacable crítica toda la abyección de una corte decadente de validos rapaces y nobles envilecidos; el psicólogo insigne que descubre los espíritus en las actitudes y los rostros; aquel terrible acusador, hermano espiritual de Schopenhauer y de Goethe, tiene para los niños y las mujeres buenas, inefables ternuras de enamorado, sutiles delicadezas, arrestos de donoso galán. Así, en el retrato de la Marquesa, el genio avasallador, torrencial, tiene remansos de divina placidez, galanterías cortesanas, requiebros de chispero; gallarda la compostura, bien plantada en arrogante desafío, la Marquesa de Lazán parece destacarse del lienzo para comprometer a un nuevo Páris que falle entre su belleza y la de la Gioconda y la Fornarina...

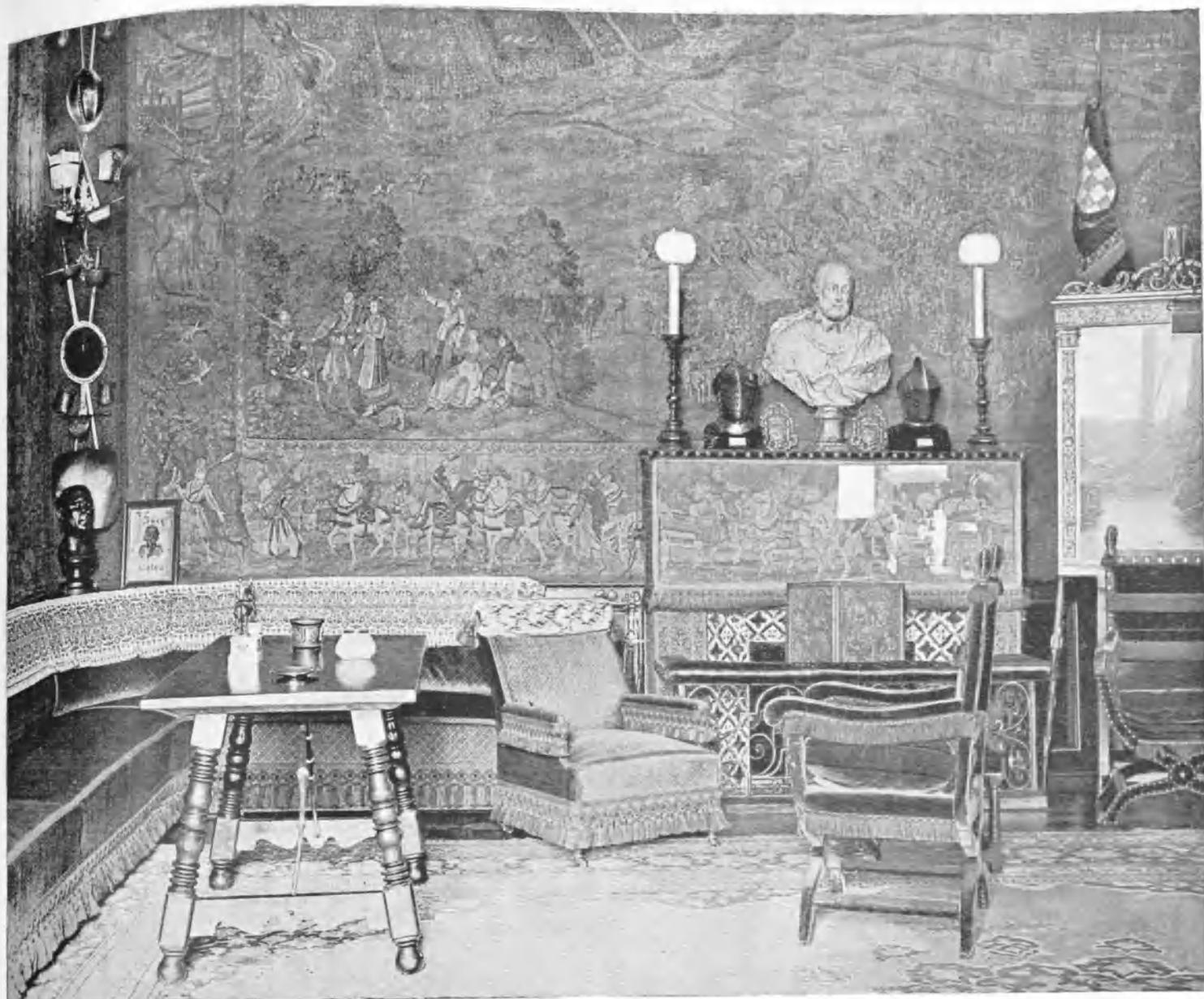
La sala del Gran Duque: los tapices de las batallas ganadas por el ilustre militar adornan las pa-

redes: se superponen los jinetes en graciosa perspectiva, formando picas y escuadrones, entre el humo algodónoso de la artillería y la flama de los estandartes.

En una vitrina está la mesa de campaña que usó el Duque en Flandes; emocionante recuerdo que infunde respeto y veneración. Encuadrado en un soberbio marco plateresco, D. Fernando Alvarez de Toledo, tiene en la mirada toda la severa rigidez de su carácter recto e inflexible. Tiziano acertó a darle una vida imperecedera a su lienzo, que oscurece al de Key, muy parecido en el asunto aunque diferente de técnica y escuela. Cuelgan de las paredes espadas de finos gavilanes, petos, yelmos y espaldares.

Un busto del Emperador, simétricamente custodiado por dos celadas y dos cirios, acaba de dar a la estancia un aspecto solemne de austera rigidez.

El dormitorio del Duque es una de las más lujosas habitaciones del palacio: los balcones se abren al nivel del *parterre* sombrío, lleno de silenciosa poesía; una sencillez británica domina en los muebles y el adorno.



Sala de las Batallas

A no ser por el Santo Cristo del Greco, no parecería la alcoba de un palacio madrileño. El lecho muy inglés, de la época de los grandes mueblistas londinenses, tiene un marcado orientalismo propio del estilo del Imperio.

Por el antedespacho donde se exhibe un retrato del Gran Duque anciano ya, y una so-

berana colección de cerámica griega, roja y negra, salimos de nuevo a la sala Venatoria donde al caimán y el oso, en heráldicas actitudes, velan el tesoro, como los toros alados del templo de Anú...

VICTOR DE LA SERNA





Goya: *La Condesa de Montijo y sus hijas*

Galería de Alba.



VILLANCICO POPULAR GALLEGO

Dictado por la Srta. MARÍA
MORENO, en Verín (Orense).

Versión castellana del P. G. G.
PINTADO S. J.

Transcripción y armonía de
N. OTAÑO S. J.

1-XII-1919.

Lento y expresivo. (m. d. = 50)
Solo *diurnamente.*

Voz.

Fa-la-de ben bai-ro, pe-la-de pou-
Ha. blad muy ba-ji-to. pi-rad muy que

Piano.

pp cantando ppp

(eco) expro:

qui, ño, pra que no des. per- te o no so ra- Pi. no. Ay, mi ña
di-to, por que no des. pier- te el be. lleim-san ti-to. Ay, ma-le.

p expro:

cres: con afecto.

ro. ya. meu que ri. di. ño, Eu ben qui ue- ra dar. che a- ga-
gui. a. ma ma-de Xi ño. Ye bien qui ue- ra por dar. le a.

cres

ei. mo ler. te n'o co. lo a. co. cha. di. n'o.
 bri. go le. ner. teal pe. cho re. cor. ta. di. to.

Ped Ped Ped

(m: d = 72)

Coro.

f Mi. na xo. ja meu ra. paz. mi. na
 So. zo mi. o mi ra. paz. go. zo

Solemne

Ped Ped Ped Ped Ped

xo. ja; co. moes. tas! qu'es. tas tem. bran.
 mi o; i. co. moes. tas! es. tas tem. blan.

Ped Ped Ped Ped Ped

de de de fci. o Ay! que l'is. li. ma me
 de de fci. o Ay! que l'is. li. ma me

dimi

dolce

Ped Ped Ped

Das, quies. las tem. bran- do de fri- o
 Das. es. las tem. blan. do de fri. o

Ped. Ped Ped Ped

Ay! que las. ti. ma me da.
 Ay! que las. ti. ma me da.

cres. a poco rit. molto

Ep. pastorilmente.

cres. a poco rit. molto

Ped Ped Ped Ped

dim.

p p p p p

dim e rit. molto

ppp

Ped



NUESTRA GALERÍA GRÁFICA
La vuelta del trabajo. — Fotografía de J. Muro.



El nuevo académico de la Española, D. Gabriel Maura y Gamazo, rodeado de las principales personalidades que asistieron a la recepción. Sentados, de izquierda a derecha: Presidente del Consejo, D. Gabriel Maura, Cardenal Guisasola; en pie: Obispo de Sión, General Weyler, Obispo de San Luis de Potosí, D. Antonio Maura, Ministro de Instrucción Pública, Vizconde de Matamala, Ministro de la Gobernación, Obispo de Madrid (Fot. Vidal.)

EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

RECEPCION DE D. GABRIEL MAURA Y GAMAZO

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA ha recibido solemnemente a D. Gabriel Maura y Gamazo, historiador insigne, orador reposado y elocuente, docto jurista, literato de puro, noble y elegante estilo. En dicha ceremonia académica, el Sr. Maura disertó, con amenísima erudición y elevados pensamientos, acerca de la presunta decadencia española en nuestra época. Después de una briosa impugnación, ilustrada con curiosos documentos, concluyó así el magnífico discurso:

... Pero la raza está incólume, y aunque conserva sus vicios y virtudes, cualidades y defectos, ha comenzado a atenuar esa lacra originaria, que la inhabilitó durante siglos para imponer su voluntad a los regidores de sus destinos. Desagradadoras sin

provecho, por extrañas al genio nacional, fueron, sí, las empresas que inmortalizan su nombre en la Historia del mundo; pero nadie con fundamento motejó nunca a sus hijos de sordos o inferiores a las más arduas y diversas vocaciones individuales.

La raza se halló un día, sin apercebimiento, ni aprendizaje adiestrador, ni plan orgánico ninguno, ante la inmensidad de un vastísimo continente semisalvaje, y para explorarlo, domeñarlo y civilizarlo, dió ella de sí viajeros audaces, luchadores invictos, estrategias portentosos, diplomáticos sutilísimos, administradores probos, gobernadores rectos, legisladores sabios, maestros pacientes, apóstoles y mártires. Lo que, por altivez acaso, no se cuidó de engendrar fué un nuevo Homero, que cantase como ella se merece esa *Iliada* gigantesca.

Poco más de cien años han transcurrido desde que abandonada o vendida por sus rectores natura-

les, vivió España otra gesta épica, falta también hasta hoy de rapsodas condignos; y para sacudir la dominación napoleónica, arderamente entronizada ya en el Alcázar madrileño, el impulso colectivo acertó a improvisar tribunos entre los monterillas, generales entre los lugareños y reclutas valerosos entre las mujeres.

El hombre genial no sirve como unidad de medida para ningún cómputo, ni es caso raro que abunde en las decadencias y se eche de menos en épocas muy prósperas. Los aparatos registradores del nivel de las aguas se emplazan en los mareógrafos de modo que aprecien la gradación regular del flujo y del reflujo, no los caprichos del oleaje. Ahora bien: si hubiesen inventado los sabios otra máquina igualmente perfecta, donde constase el nivel moral de las sucesivas generaciones de nuestro pueblo, ¿a cuáles españoles achacaría el crítico pesimista la inflexión descendente en la curva de ese gráfico, con respecto a los que conquistaron Granada, civilizaron el Nuevo Mundo y preservaron el suelo patrio durante la guerra de la Independencia? ¿A los marinos que con barcos o sin ellos mantuvieron impoluta la honra de su pabellón en todos los océanos? ¿A los héroes de las luchas civiles que de tan buena fe derrocharon su sangre por bizantinismos dinásticos y monsergas políticas? ¿A los adolescentes enviados ayer a las colonias ultramarinas por la ineptitud gubernamental y la arbitraria interpretación de la ley, para perecer allí víctimas inútiles de la mortífera inclemencia de los trópicos? No. El síntoma infalible de toda decadencia es un apego immoderado a la vida; y los españoles supieron siempre morir y acertaron, por añadidura, a mostrar de mil modos, aunque los más fuesen picarescos, excepcionales aptitudes para prevalecer sobre enemigos más cultos y diligentes en el combate universal por la existencia.

Sí; la raza está incólume. Es la encina selvática cuya fronda desmelenada no acicaló jamás la podadora. Los retallos viciosos y el follaje marchito, que el hacha no cortó; la yedra que envuelve el tronco; la fungosidad que oculta los nudos de la raigambre, son estigmas reveladores de vejez caduca a los ojos hostiles del viandante forastero cuando la contempla y pasa. Pero, acercaos propicios, podadla piadosos, raed el muérdago, arrancad de cuajo las parásitas trepadoras, y la veréis entonces erguirse fornida, con plenitud varonil de madurez robusta, hincando la garra potente de sus

raíces sarmentosas, para arrebatarse a los jugos de la tierra la savia fecunda, y con la ingente copa movidiza, desafiadora de ábregos y cierzos, culminar majestuosa en las alturas.

La raza está incólume. Hoy, como en los días del último Enrique,

Por los sus pecados pena;

pero ha aprendido desde entonces que no le es ya lícito fiar su redención al providencial advenimiento de otros Reyes Católicos, porque las naciones eligen ahora sus gobernantes, y no suelen tener sino los que merecen.

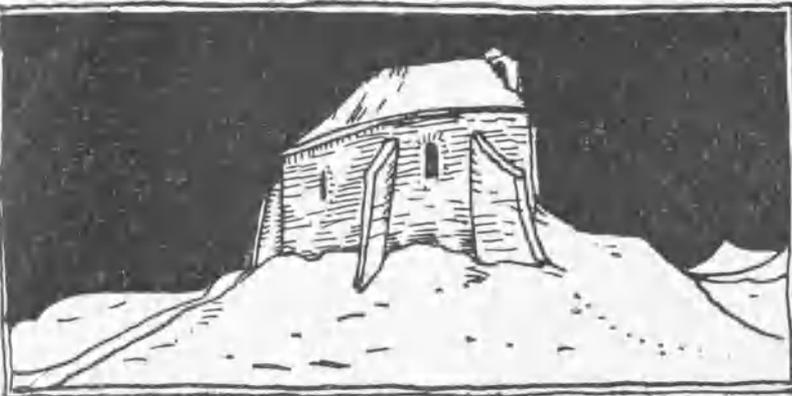
... España, no lisiada ni decadente, pero sí achacosa de incivilidad, y anémica de resultas de su mala crianza, no recobrará la razón con truculentas revoluciones, de las que, aparentando trastrocarlo todo, remudan apenas los rostros y los nombres de los caciques; ni con aparatosas reformas legales, plagadas de extranjerismos en la materia del fondo y en la sintaxis del texto, innovaciones que, cuando llegan a la *Colección Legislativa*, no trascienden nunca de sus páginas a las costumbres, y cuya elaboración y discusión constituyen, de algunos años a esta parte, el menos frecuente, no obstante ser el más inofensivo, de los pasatiempos ministeriales y parlamentarios; ni con ampulosos programas, como los que periódicamente acostumbran lanzar los jefes o directorios de banderías políticas para interrumpir la prescripción extintiva por abandono del poseedor, soporífera literatura que el público no lee, no entiende o no aplaude, anuncios de propósitos insinceros unas veces, utópicos otras, muy pocas acometidos y nunca realizados.

La salud de España depende ya de una sola revolución: la de la conducta de los gobernantes; de una única reforma: la íntima, educadora de cada gobernado; de la realización de un sencillo programa, común a todos los españoles: este, que escribió sin darse cuenta de lo que hacía (por eso le salió breve, sincero, y además, rimado) un político madrileño del siglo xv:

Alimpiemos la posada,
enmendemos el vevir;
no nos tome salteada
esta hora limitada
del amargo arrepentir.

GABRIEL MAURA GAMAZO





CALENDARIO DEL CAMPO

ENERO

Enero, el mes de las largas veladas al calor del chisporrotear de la leña, es en la vida rural mes de poco movimiento. Fuera de la labranza de las tierras en los pocos días que el tiempo lo permite y la siembra tardía de grano, no hay otras faenas al aire libre que la recolección de la aceituna, la poda de vides y arbolado y la plantación del de hojas caducas.

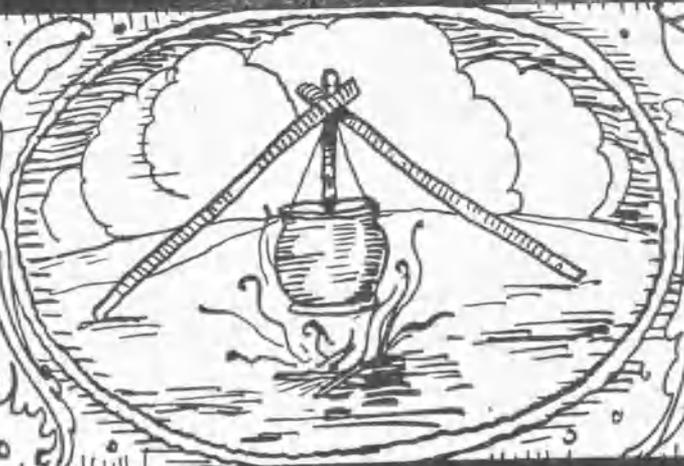
En pleno letargo invernal, la naturaleza gesta en las entrañas de la tierra los frutos que pródiga sazonará la primavera. Abrigará la germinación de éstos, el estiércol que es en el ropaje de los campos, manto de pieles que calor da a las semillas.

Si la animación fuera de la casa es poca, en cambio en las dependencias se muele la aceituna y elabora el aceite, los ganados se cuidan estabulados, en las naves de los almacenes de naranjas se selecciona el fruto de las Hespérides y se embala; las fábricas de azúcar de remolacha están en plena campaña y en los graneros se remueve el grano para su buena conservación. En las provincias del Centro y a cargo de mujeres generalmente, el tostado del azafrán emplea también buen número de operarias.

En las huertas y convenientemente preparadas las camas calientes, se procede a la siembra de hortalizas y en los jardines se plantan orlas de Boj, de Anémonas, los Ranúnculos, Tulípanes y Jacintos y se siembran amapolas dobles y Azulejos.

Las aves se preservan del frío y de la humedad en los gallineros y se excita la postura dándolas alimentación blanda y caliente por las mañanas, pasto verde a mediodía y grano por la noche. También se proporciona alimento a las colmenas y se las abriga.

J. CAMPOVASCO



EL ROPERO DE STA. VICTORIA

Para la augusta princesa que Inglaterra daba a nuestro hispano trono, tuvo la noble Nación una entustasta acogida, cual correspondía a la gentileza de la Señora y a la proverbial hidalgüía de la Patria.

Ofrendóle ésta como ricos dones, la alegría y el esplendor de su cielo azul, las galas de sus vegas levantinas, la hermosura bravía de las costas cantábricas y el poético encanto de la tierra andaluza: cuanto de bello tenían sus paisajes, llenos de atractivo para la que del sombrío país de las brumas, venía a hallar en España la patria de sus amores.

Y la Reina supo corresponder a tan noble homenaje, porque traía en el alma lo que hace a las mujeres verdaderamente grandes, lo que las sublima y enaltece mil veces más que la nobleza de estirpe y que la real corona. El divino sentimiento de la caridad, que adivina las humanas miserias para remediarlas y va hacia el dolor para consolarlo.

Nuestra Reina al llegar a España no se dejó deslumbrar por el esplendor de su Corte, ni olvidó en medio de sus bienandanzas las desventuras que existen en el mundo. Porque era nobilísimo su corazón supo amar a su pueblo y acudir al socorro de sus necesidades.

Entre las flores que se le ofrecían descubrió espinas, lágrimas bajo aquellas sonrisas, y sus ojos fueron a buscar en medio de las muchedumbres que a su paso se agolpaban para aclamarla, los pobrecitos niños desarrapados y descalzos que la contemplaban con inocente asombro, las infelices madres de estos niños, los ancianos desvalidos, los tristes, los desheredados de la fortuna.

¿Para qué? Pues, para llorar, ella a quien todo sonreía, con los que lloraban; para sentir misericordia, una inmensa misericordia de su pueblo y acercarse a él y consolarle.

Surgió entonces la iniciativa de la reina bella, revelándose tal como después había de ser por todos aclamada, «reina de la caridad», porque siente en el alma la pasión del bien y a éste se consagra por entero.

El Ropero de Caridad de Santa Victoria, fundado en el rigurosísimo invierno de 1909, ha sido la realización admirable del caritativo pensamiento de nuestra Soberana.

Vestir al desnudo, proporcionar ropa decente al infeliz obrero que sin ella no es admitido en la fábrica o en el taller, remediar la pobreza del anciano que falta ya de fuerzas para trabajar, tiene apenas lo indispensable para el diario sustento, secar las lágrimas de la madre que ve nacer a su hijo en la más absoluta desnudez, ¿verdad que todo esto es hermoso, es santo? Pues esto es lo que hace el Ropero de Santa Victoria, fundado por nuestra Augusta Soberana y por ella misma dirigido, con celo y actividad admirables, en los que la secundan las egregias princesas de la real familia y damas nobilísimas que a esta obra consagran todos sus desvelos.

Desde 1909 el Ropero de Santa Victoria ha venido extendiendo su radio de acción e intensificando su labor de modo tal, que demuestra cómo estas obras de verdadera caridad cristiana llevan en sí mismas un germen de vida eterna que las alienta y protege. La mayor parte de las provincias españolas, entre las cuales se distingue especialmente Santander por la importancia que allí adquirió la benéfica institución, y no pocos pueblos, tienen para remedio de sus pobres este Ropero que les proporciona tantos beneficios. Es más, hasta

las costas africanas y hasta las playas canarias ha llegado la benéfica acción del Ropero, que bendicen hoy tantos desventurados.

Su historia condensada en las Memorias que anualmente presenta, constituye una estadística consoladora e interesante. Damos un rápido vistazo a los datos allí recogidos y en verdad que aquellas cifras fabulosas ensanchan el alma y la llenan de íntima satisfacción.

Más de cuarenta mil prendas repartidas al año entre cerca de 20.000 familias, que significan otros tantos hogares remediados con el santo envío de la caridad, y esto por lo que se refiere a Madrid, que en provincias son tanto y hasta quizás más importantes aún los socorros distribuidos.

Ved esa hermosa exposición de ropas que anualmente se celebra en el Colegio de las Religiosas del Sagrado Corazón. Las prendas han sido llevadas allí en inmensas sacas, se amontan sobre las mesas en tal número, que constituye su clasificación y arreglo penosa tarea para las caritativas damas que realizan ese trabajo.

Allí hay de todo: colchones, mantas, sábanas, calzado, pelli-zas, chalecos de Bayona... la carestía de los actuales precios no ha desanimado a los generosos donantes. No pocos han preferido imponerse alguna privación antes que escatimar la limosna del pobre. Con espíritus de este temple y corazones de estos impulsos, se comprende que el Ropero de Caridad pueda contar con el «haber» de sus doce años de existencia, la cifra espléndida de más de un millón de prendas donadas a los menesterosos.

Así es como, mediante un sacrificio de los ricos, relativamente pequeño, y con el esfuerzo y buena voluntad de todos, se llegó a reunir un tesoro para los pobres. Y digo un tesoro, porque es inmenso el bien material que con esas prendas enviadas al Ropero va a hacerse, no sólo bien material, sino al mismo tiempo efficacísima labor social.

La caridad cristiana tiene intuiciones y anhelos más elevados que los de la mera beneficencia; por eso, he ahí que esas prendas de ropa, además de cubrir la desnudez del pobre, van a servir de armas poderosas en el fiero combate del mal contra el bien que conmueve al mundo.

Desde el salón de columnas del Regio Alcázar, donde todos los años la Reina distribuye por

su propia mano espléndidos lotes de ropas entre los pobres, acogidos ese día como huéspedes amados en la mansión real, se difunde por España entera una bendita corriente de amor que repercute por todos los ámbitos de la península y llega hasta el apartado rincón de la montaña santanderina, donde en una pequeña aldea se repite la escena sublime realizada en la capital del reino. Allí también el día 23 de Diciembre se reúnen los labradores hacendados del lugar, invitan a sus hermanos los pobres y presididos por el buen Párroco que eleva sus preces al cielo en unión de sus feligreses, celebran su reparto de prendas en humilde y santa fiesta de caridad cristiana.

Ciertamente que la obra emprendida por el Ropero de Santa Victoria es hermosísima y merece el apoyo y la cooperación de todos cuantos comprenden su importancia social, de los que sepan sentir la dulcísima dicha de enjugar lágrimas, atraer corazones y conseguir que los que odian, amen, y los que maldicen, bendigan.



S. M. la Reina Doña Victoria, entrando en la iglesia de las Calatravas para oír la misa anual del Ropero de Santa Victoria. (Fot. Vidal.)



Las señoritas Pilar Alvarez de Toledo, María Teresa Coello y Asunción García Loigorry, acompañadas por la Sra. Condesa de Serra Magna, distribuyendo ropas ofrecidas con destino a los pobres de las distintas parroquias



Camión del Ropero de Santa Victoria, cargado de sacas de ropa, momentos antes de comenzar la distribución.

Las ropas y efectos acumulados en el depósito del Ropero, y dispuestos para ser repartidos

(Fots. Larregla)





Vista parcial del comedor, a la hora del almuerzo de las reclusas

IMPRESIONES DE UNA VISITA A LA CARCEL DE MUJERES

Al hablar de cárceles, aun sin quererlo, y hasta en la más sencilla información, como ha de serlo la nuestra, se aborda siempre un hondo problema, y sería presunción y locura insufrible que mujeres sin luces ni ciencia, ni otra cosa sino buena voluntad y admiración profunda hacia la mujer ilustre que al estudio de este problema consagró su vida, sus energías, su privilegiado entendimiento, y lo más exquisito de su sensibilidad, pretendiésemos dar como nuestro lo que sólo puede ser eco de su pensamiento y su palabra, y homenaje de humilde veneración ante su virtud y su ciencia insignes.

Intentamos, pues, sencillamente despertar en nuestros lectores un poco de interés y de compasión hacia la que doña Concepción Arenal llamaba «la desgracia menos amable», y de la que escribía que «lejos de haber venganza en la justicia, hay amor, como se ama se perdona, y como se perdona se espera».

La palabra «cárcel» despierta siempre en nosotras fuerte impresión de tristeza, repulsión y temor, sobre todo por la idea de delito y expiación que lleva naturalmente consigo, pero mucho también porque evoca el recuerdo de aquellas horribles prisiones de los siglos pasados: profundos subterráneos donde el aislamiento y el terror enloquecían a los presos, o calabozos lóbregos y hediondos, focos de pestilencia física y de infección moral; hombres, niños y mujeres, criminales empedernidos o delincuentes de ocasión, y hasta inocentes muchas veces, hacinados en lamentable confusión y

espantoso descuido de su salud de alma y cuerpo; tormentos cuya descripción estremece, y que se citan todavía en los relatos de juiciosos escritores del siglo VIII como usuales en aquella época, hasta en países que hoy se precian de haber marchado siempre a la cabeza de la civilización. Todavía en el siglo de nuestros padres, cuando D.^a Concepción Arenal organizaba sociedades de señoras para instruir, consolar y patrocinar a las presas, penetrar en las cárceles, era un acto casi heroico, y las obras de la insigne socióloga española están llenas de clamores contra la falta absoluta de higiene física y moral en las prisiones, y contra los abusos de un personal incompetente y grosero, cuando no inmoral y cruel, que originaban a cada momento rebeliones y motines. Subsistía la confusión y mezcla de delincuentes de toda edad y condición, y la vagancia absoluta y continua que hacía de cárceles y penales, escuelas de depravadas costumbres.

¿Quién se preocupaba entonces de intentar la regeneración del preso y su rehabilitación para la vida social? El que pretendiese algo en este sentido, tenía que luchar primero con las dificultades que frecuentemente le oponía la misma administración penitenciaria, y había de armarse después de valor y de paciencia, y haciéndose sordo a insultos y blasfemias, disponerse a cultivar con infinitos trabajos un campo las más de las veces estéril e ingrato.

Entrando ya en la cárcel de mujeres de Madrid, objeto principal de nuestra información, preciso es decir que esperamos



Uno de los dormitorios, notables por sus excelentes condiciones higiénicas



Las reclusas madres cuidando de sus pequeñuelos en la sección de cunas

que pronto será un hecho la construcción en proyecto de un nuevo edificio, y que éste solucionará satisfactoriamente las muchas deficiencias del actual en cuanto a distribución, medios de higiene, amplitud para el ejercicio físico al aire libre e independencia para la esencial separación de la prisión preventiva y la prisión correccional. Asimismo aplaudiríamos toda medida encaminada a mejorar reforzándolo el régimen de alimentación en extremo frugal de este establecimiento, que cabe mucho, sin temor a que el lugar de expiación y corrección llegue a convertirse en mansión de delicias.

Lo más interesante de la visita a la cárcel es naturalmente ver de cerca a las presas y hablar con ellas, pero es también lo más triste. Se observa en casi todas ese lastimoso aspecto de indigencia física e intelectual, diferente de las huellas que hayan podido dejar en algunos semblantes el crimen y la degradación moral y hablando con ellas nos confirmamos en esa impresión; sin duda también porque la cárcel de Madrid es correccional y no presidio. En algunas, aunque son las menos, el rubor y la tristeza, al recordar sus pasadas caídas, nos demuestran que tienen exacta conciencia de su infeliz situación e inspiran más lástima, pero también más esperanza de remedio; en la mayoría se ve claramente que miseria, ignorancia y abandono más que maldad fueron el origen de su culpa. Por eso es de todo punto meritoria y digna de alabanza la labor que, secundando y completando la de las Hermanas, viene realizando hace doce años con las presas de Madrid un grupo de piadosas mujeres, renovadoras de la santa y antiquísima tradición cristiana de las visitas de cárceles. Conferencias familiares semanales sobre doctrina cristiana, ensa-

ños de cánticos religiosos, biblioteca instructiva y recreativa cuidadosamente seleccionada, días de retiro y meditación en los que un celoso misionero recuerda eternas verdades y remueve hasta el fondo las conciencias pecadoras, y al lado de todo esto, amor, compasión, contacto familiar y frecuente con con la virtud, la pureza y la dignidad femeninas. Es incalculable la influencia de esta labor bienhechora sobre muchas de aquellas pobres desheredadas, privadas hasta entonces de toda luz de fe y de toda idea de ley moral, juguetes de la vida y sus tentaciones, pero que conservan corazón y afectos humanos.

Antes de la guerra existían en distintas naciones de Europa los patronatos de libertos, y aun tenemos noticia de algún ensayo de ellos en España, particularmente en Barcelona. ¿Cuáles eran los resultados prácticos de estas instituciones, y qué subsiste de ellas después de la guerra y en medio de los actuales conflictos y cambios sociales? En España tenemos noticias de beneméritos y generosos esfuerzos para la protección de la infancia abandonada y delincuente, pero para la protección de la mujer en iguales circunstancias, salvo la admisión individual y limitada en casas religiosas, reformatorios de índole distinta de la que nos ocupa (que no constituye sino muy imperfecta solución), no tenemos noticia de iniciativa alguna en nuestra patria. Tal vez exista, sin embargo, alguna obra de esta naturaleza, y los que conozcan esta o las que puedan existir fuera de España, y sobre todo los que en tan hermosa y humanitaria labor se emplean, si tuvieran a bien publicar y exponer en qué forma la realizan y sus resultados prácticos, moviendo a otras almas generosas a secundarlos o imitarlos, merecerían bien de la sociedad.



Un rincón del taller de labores

PARA MALES DE
ESTOMAGO E INTESTINOS

GASTROL

MIRET

PROBARLO ES CURARSE

Natalio Miret - farmacéutico
Diputación, 205. Barcelona



DE VENTA
EN TODAS PARTES

La Electro-Mecánica Ibérica

Ascensores OTIS PIFRE
Calefacción - Maquinaria

Ronda de Atocha, 32-34 - MADRID

Es el mejor sustitutivo del café



Malta
ROYALIX

Bebida higiénica, refrescante y alimenticia

De venta en todos los establecimientos

Manuel García
— FABRICANTE —

Calabria, 67 BARCELONA Tel. 3105 A

REJERIA Y APARATOS DE LUZ
HIERROS DE ARTE
JULIO PASCUAL
TOLEDO
FORJA Y CINCELADO

ALIMENTOS VEGETARIANOS Y DE REGIMEN PARA SANOS Y ENFERMOS
CENTRO NATURISTA
"VIGOR"
FABRICA Y ALMACENES
Cane masini, 90 (S)
DESPACHO
Tratalgar, 5
Tel. 7998
DEL ESTOMAGO
VIENTRE DIBETICOS OBESOS
ANEMICOS TUBERCULOSOS NEURASTENICOS ALBUMINICOS, etc

Quesos = Mantecas = Comestibles finos

Rivas García

Peligros, 10-12 MADRID Teléfono 678



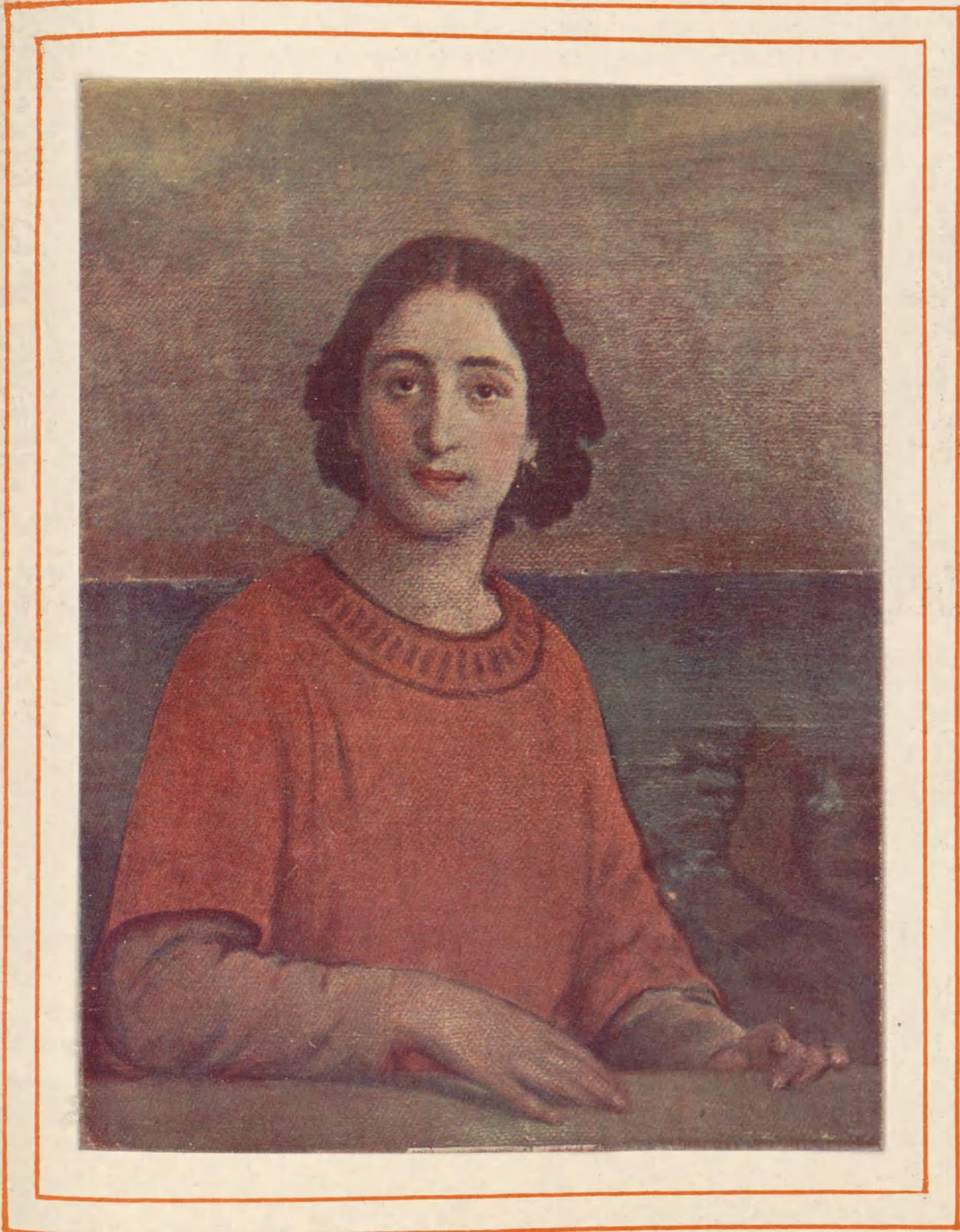
J. H. Maumejean, H^{nos}

Vidrieras artísticas

Mosaicos venecianos

Fábricas: MADRID y SAN SEBASTIAN

Paseo de la Castellana, núm. 64 MADRID



ARTISTAS ESPAÑOLES
ANSELMO MIGUEL NIETO

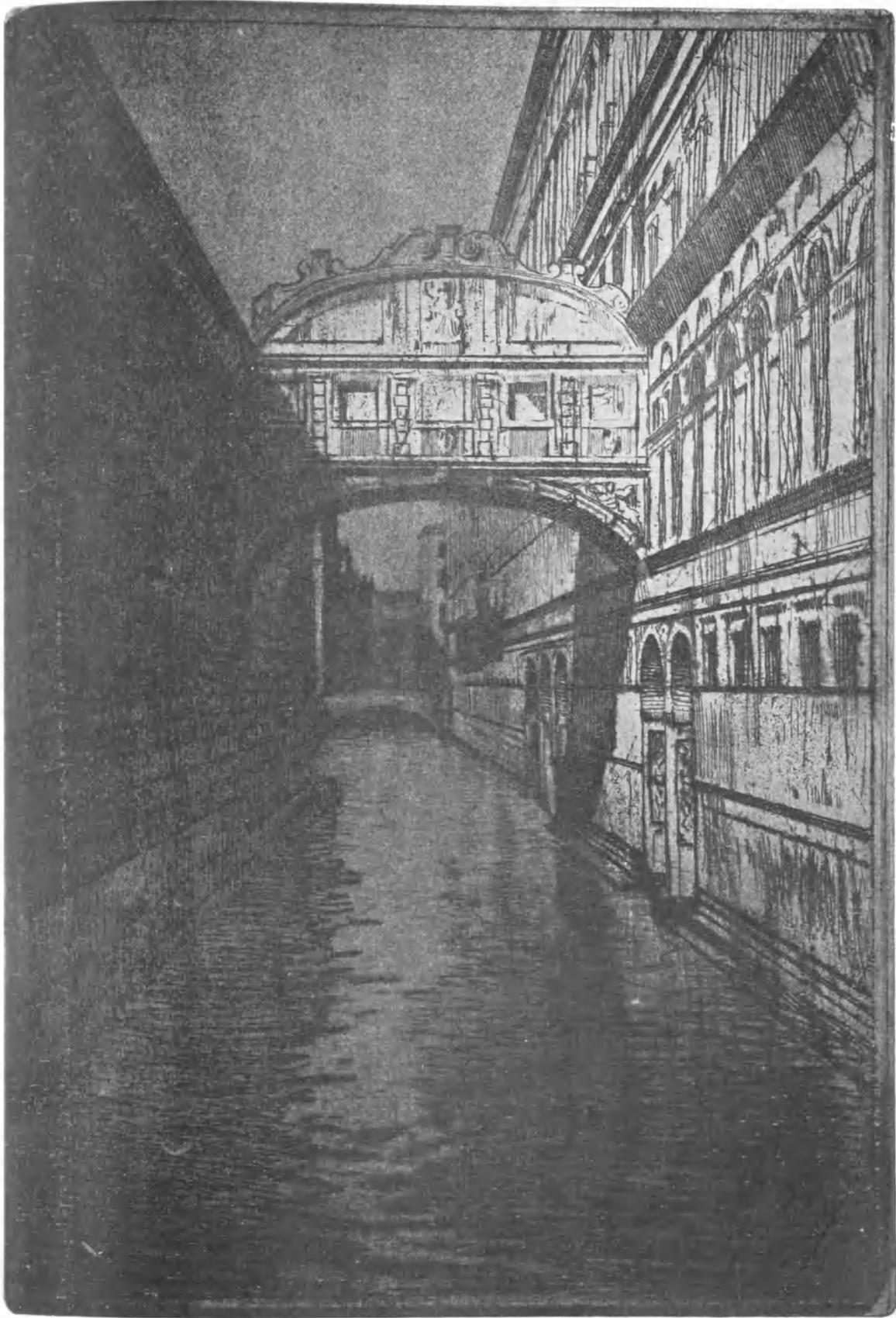
Estudio para un retrato

Concepción Arenal

Conmemora España, llena de fervor, el centenario del nacimiento de una dama gloriosa, orgullo del siglo y cifra del blasón. VOLUNTAD, rinde hoy en nombre de miles de mujeres, amoroso tributo a la memoria de Doña Concepción Arenal, la virtuosa matrona de próceres talentos, la madre de los humildes y los miserables, la dulce sembradora del Amor entre los que han hambre y sed de los altos consuelos. Le sobró ternura, después de prodigarla con los suyos, para derramarla entre los parias, los proscritos, los amargados, entre aquellos a quienes el egoísmo de los hombres hace que Cristo les prometa el reino de los Cielos. Iluminó con la viva aureola de su Caridad los ostugos más sombríos de las cárceles, los más remotos repliegues de la conciencia doliente de los caídos, llegando con la mano ilustre a la misma lepra, sin escrúpulos egoístas ni orgullosas actitudes, siempre inflamado el corazón en los altos y piadosos afanes de la buena Caridad.

«El que de vosotros esté limpio de pecado que arroje el primero la piedra»... falló el Dulce Amigo mientras escribía en la tierra la misteriosa fórmula del humano amor, que tan pocos han acertado a comprender. ¡Fariseos del siglo XX, rápidos y violentos para acusar, reacios a la piadosa conmiseración, no huyáis «uno a uno, desde los más viejos hasta los postreros»! Aprended de esta abnegada hembra castellana, de arrestos de leona para con los tiranos, de corazón de tierna tortolita para con los esclavos de la Miseria y el Dolor... No sea que cuando el Maestro alce los divinos ojos nazarenos halle sólo a su lado al pecador y le pregunte por vosotros mientras le dice: «ni yo te condeno: ve, y no peques más».

La insigne dama era un dechado de ternura y de bondad. Quienes hayan pretendido confundir sus varoniles desplantes ante la justicia, con un afán necio de parecer un hombre, desconocen el espíritu de aquella solícita madre, que, retirada en las fragosidades de la Liébana altiva, componía dulces canciones de cuna, tiernos madrigales, romances ingenuos, muchas veces glosados por la inspiración del gran violinista Monasterio. Concepción Arenal, como Cervantes, como Goya, como Quevedo, cáustica, restallante para la crítica de los malvados y los hipócritas, tenía un inagotable fondo de española ternura, aquella ternura que hizo llorar a Mío Cid...



FINISTERRE

*Negra es la noche, el cielo, el mar...
El fósforo en los remos de mi barca
marca
mi lento navegar.*

*Cuando, al doblar el cabo Cruz,
como en sueños el faro se revuelve
y me envuelve
en un rayo de luz.*

PAISAJE TRICOLOR

OLEOGRAFIA

*Visto desde el fondo de mi estancia abierta,
el campo es mi cuadro y el marco es la puerta;
como una bandera tricolor, dorada
una zone forma la espiga cortada;
la segunda banda colora de verde
la verde arboleda que al lejos se pierde,
y el azul del cielo, la franja tercera:
'Hela aquí, me digo, la única bandera.*

MADRIGAL FLORIDO

ACUARELA

*Llegué cuando mirabas extasiada
la rosa más hermosa,
y aun no sé, Mariposa,
si es que la rosa atrajo tu mirada
o tu mirada hizo brotar la rosa.*

MANUEL MACHADO



BETHLEEM

LOS HUERTOS



«ASA DE PAN», LUGAR DE abundancia, era Bethleem.

Se apellañan los huertos, de un cultivo denso y primoroso, como paños bordados en realce.

En su rodal de tierra junta el bethlenista toda la variedad de legumbres y frutales.

Cría planteles de cebollas, frígoles, berzas, endibias, lechugas, chalotes, badeas, escalonas, guisantes, ha-

bas y cohombros. Brotan en lo umbrío los hongos y el jenable. Las sandías se revuelcan en suelos apacibles. Por los ribazos y bardas, se cuelgan las calabazas, las de la cidracayote y las de calabazón angosto y encarnado que resuena como un odre. Crecen los membrillos espalderos, los granados, los bergamotos, los almendros. Las vides tejen con la higuera el toldo que acoge las amistades. Los márgenes y linderos se ahogan bajo la convulsión de las hordas de los chumbos. Se recortan las grises espadas de las pitas, de liseras carnosas. Suben al azul los girasoles doblando sus panes redondos de flor dorada. Cada hortal tiene su torre de piedra cruda para el guarda, y una horca

de leños que, al combarlos, sumergen la herrada en el agua dormida y somera del pozo, y vierten al riego atirantándose con un zumbido de arco.

Después de los verjeles, las tierras llevan olivar, viña, mijo, centeno, cebadales... y en los campos segados y en la hierba de la señara, tocan las esquilas de los corderos de Bethleem.

NOEMI

Pero vino un tiempo de sequedad y de hambre para todo el país del Señor. Y una mujer inspirada, sabia, dulce y diligente como convenía a su nombre: Débora; esto es «abeja», descansándose en la sombra de la lamera de su casa, instruía y consolaba a sus hermanos oprimidos por el cananeo.

La desventurada roía todo Judá; y llegó a la comarca de Efrata o Bethleem desolándola.

Muchas gentes se alzaron de sus granjas y pueblos. Entre ellas, Elimeleck, siervo puro de Dios, y su mujer Noemi, la hermosa; y sus dos hijos.

Atravesaron y descendieron los montes; rodearon las aguas de sal de la mar honda y muerta; y dieron en un país enemigo que estaba lleno y rubio de cosechas.

Murió el padre. Se casaron los dos hijos con mujeres moabitas; la una se llamaba Orfa; la otra Ruth. Y después de diez años murieron también los esposos. Huérfana de todos los de su sangre, sentíase Noemi más extranjera y desvalida.

Ya el Señor volvía los ojos sobre su pueblo. La sembrera, los viñedos, los frutales, los establos, de Bethleem, comenzaban a dar buen esquilmo.

Entonces, Noemi salió del país que no conocía al Dios de sus padres, y partióse en busca de su casa. Las viudas de sus hijos no quisieron desampararla. Era vieja y aún tenía la suavidad, y el aroma de su hermosura marchitada.

Pero, ella les pidió besándolas:

—¡Marchaos al amor de vuestra madre, y que el Señor haga misericordia con vosotras según la hicisteis con mis muertos y conmigo!

Orfa y Ruth lloraban.

—¡Deja que contigo vayamos a la tierra del Señor y de nuestros esposos!

Y Noemi, palpándose su vientre ya seco, porfio:

—¡Volveos, hijas, porque ya están agotadas las entrañas que os dieron marido! ¡Volveos, porque la angustia de vosotras se junta con la mía! ¡Levantose la

mano del Señor contra mí; no vengáis a mi vera no alcance también vuestra mocedad!

Orfa todavía lloraba; y gimiendo besó a Noemi, y tornóse al refugio de lo suyo.

RUHT Y NOEMI

No así Ruth, que se prendía más fuertemente del manto de la anciana. La cual, compadecida de su sacrificio, le dijo:

—Vete con Orfa a tu pueblo y a tus dioses. Déjame, hija, en mi camino: y Ruth le respondió:

—Yo no me soltaré de ti. Tu pueblo será mi pueblo; tu Dios será mi Dios. En la tierra que te recibiere cuando mueras, quiero yo también acostarme para siempre.

Se lo decía sonriéndole como hija contenta de seguirla.

Noemi había de descansar para enjugarse el llanto gozoso de sentirse amparada por el amor y el brío de la moabita. Y entonces Ruth miraba hacia su aldea. Aún se veía el humo tranquilo de los hogares, los árboles viejos del remanso donde ella lavó su velo, el temblor de los rebaños que salían: los recentales siempre se paraban en su puerta para verla amasar, y una misma claridad azul daba en los vellones de espuma y en sus trenzas negras y en sus manos de harina...

...Las dos mujeres fueron ahondándose en un paisaje de peña. Fragaban un silencio salobre que les subía del mar de Sodoma...

Reposaron guarecidas en los tojos y palmeras de los saladores. A mediodía, Ruth pidió agua en un hatillo de pastores. Le dieron pan las caravanas que iban a comprar las uvas y los bálsamos de Engaddí. Todo se lo traía a Noemi.

Y la anciana suspiraba:

—En esta sombra descansé, con mi marido y mis hijos. Aquí me dieron de beber y de comer lo mismo que tú haces ahora; y en ti amo a mis muertos, y en ti me valen y me acompañan...

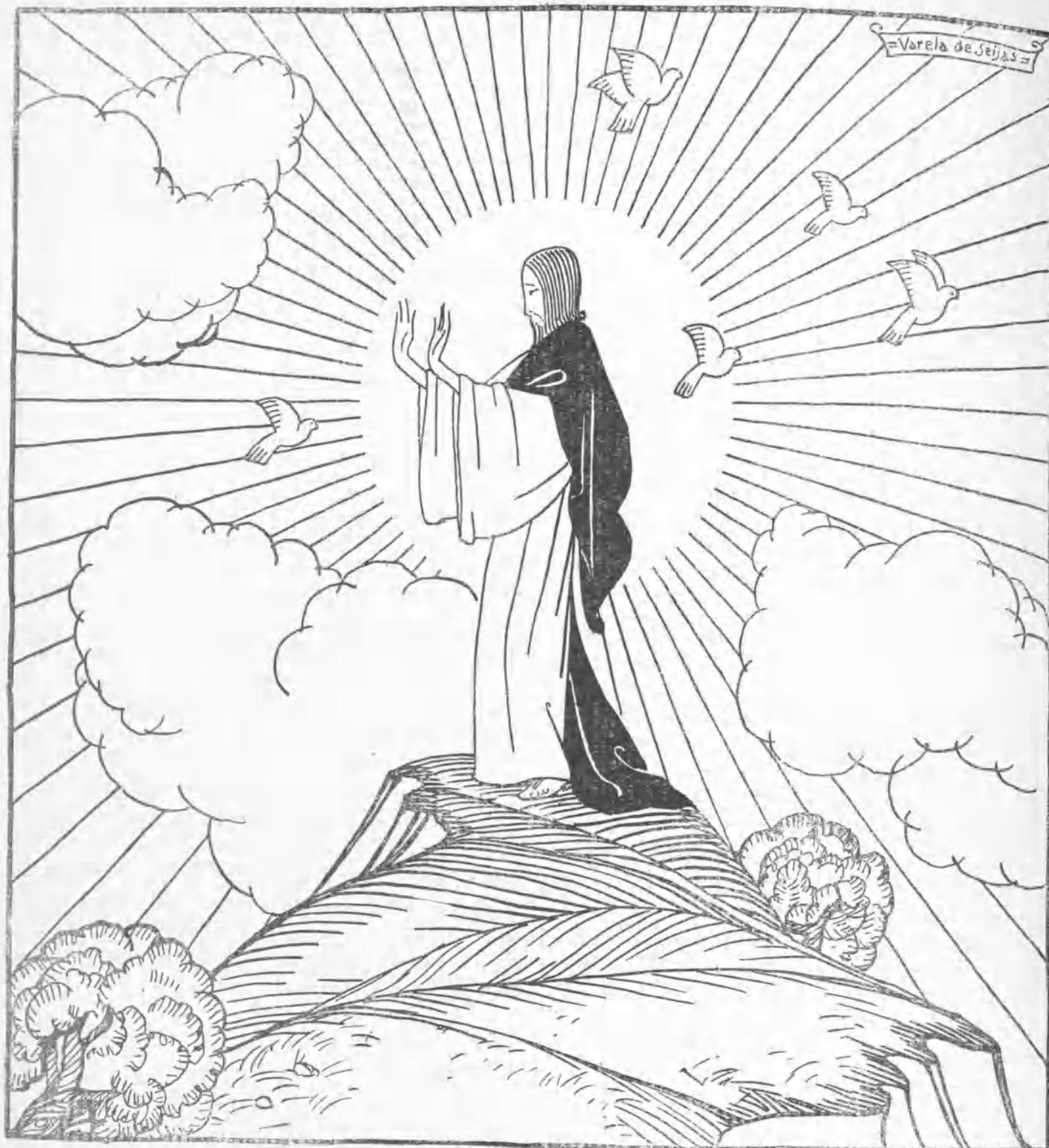
Por la tarde perdieron las huellas de otros caminantes. Estaban en su yermo descarnado.

Noemi clamó:

—¡Viniera yo sola, y me moriría pudriéndome sin sepultura, de cara al cielo, y acudirían al husmo de mi carroña las aves y las bestias!

GABRIEL MIRO





CERRO ARISCO

EFEMÉRIDES CAMPESTRE



DE IMPROVISO YO ENCIERRO en mi maletilla el humilde equipaje y emprendo viajes maravillosos, que solo tienen de maravillosos lo que tienen de absurdos, porque, en verdad, es inexplicable que para recrearme espiritualmente y descansar de mis fatigas literarias, me vaya por esos mundos a medio descubrir en los que solo hay, como emblemas de la cultura, un cura párroco mal pagado y un maestro de escuela que conserva la tradición del hambre. Posada, si la encuentro, es inhospitable, con el clásico y fementido lecho, con el yantar mísero... Y yo gozo con estas aventuras. Porque caminar en los trenes de lujo, aposentarse en los grandes hoteles, ver

lo que todos vieron, sin la esperanza de encontrar novedad alguna, eso no me place ni me divierte.

Pues bien, en una de estas excursiones mías llegué a un pueblecito «de cuyo nombre no quiero acordarme», en el que permanecí dos días con sus dos noches. Y lo que allí ví y allí me contaron es lo que he de narrar en estas páginas.

Cerca del pueblo, que se halla situado en una llanura, hay un altozano que se eleva inesperadamente entre el valle de los Lirios, y el plano dilatadísimo de una dehesa, en donde los rebaños tienen pastos y apriscos.

Parecióme que ese altozano inspiraba recelo a los viandantes. Al pie de la curva que iba elevándose sobre la llanada, culebrea una senda y por ella habían de venir, precisamente, cuantos quisieran llegar a la aldeíta que había descubierto. Sentado sobre un peñasco, miraba yo a las gentes que caminaban para regresar o para alejarse de la aldea, y la turba de hombres y bestias, aligeraba la marcha hasta separarse buen trecho del corre-

te; y la vieja sabedora que de todo entiende, guiando la usilla sobre la que se apretaban los tomillos y los romeros, al llegar a la mitad del camino miró fijamente a la cúspide del cerro, se santiguó, y dando un palo a la bestia, siguió su itinerario sin volver la vista atrás.

Pregunté a la posadera:

—Ruego a usted buena mujer que me diga qué hay de curioso en este pueblo, para que yo, viajero eventual, lo examine.

Y la posadera, que estaba desplumando una gallina para ofrecérmela en suave pepitoria, llegada la noche, me contestó:

—Aquí, señor, no hay nada notable sino es la Virgen de las Angustias que está en el altar mayor de la Parroquia. De esa imagen somos todos frenéticos adoradores, y la Divina Madre de Dios nos protege y nos ampara... Allá abajo, junto al macelo, hay unas ruinas que dicen que fueron de los romanos... Y nada más, sino la bondad del pueblo, la pureza de las aguas y la virtud de las mujeres... Porque ha de saber usted que en esta aldea solo ha habido una hembra mala, que nació hará un siglo, y que mientras viviera infernó el lugarejo sacando de sus casillas a los hombres más honestos. Murió ella en una noche de tempestad, y parece que se arrepintió en el último trance... Niñas hay aquí que llegan a abuelas sin haber pecado. Y los hombres, que son más fáciles para rendirse a Lucifer, no dejan de ir de cuando en cuando a la iglesia, donde el abad los perfecciona y los redime.

—¿Y nada más hay curioso en vuestro pueblecín?... ¿Y ese cerrete que allí se levanta y que desde la puerta de vuestra posada contemplamos?...

La posadera me miró fijamente, interrumpió el desplume de la gallina, y repuso:

—Ya comprendo que usted lo ha adivinado. Debe usted ser de esos señores que estudian las cosas y las penetran. No queremos aquí hablar del cerro. Es para nosotros la vergüenza de la aldea.

—¿Por qué?

—Porque si ese cerro no existiera en nuestra región, viviríamos todos tranquilos, en la hermandad cristiana, en el amor de los ricos a los pobres, en las obligaciones de un puro existir. Pero mal año para nosotros, que ese cerro nos trae de cabeza.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre... Porque ha de saber su merced que el abad nos ha dicho varias veces en sus sermones de la Cuaresma, y él es muy letrado, que Cerro Arisco es la obra del Diablo, y que hemos de cuidarnos mucho de que no nos infeste para siempre.

—¿Cerro Arisco?

—Así se llama ese cerro... Ha de saber vuesa merced que hará mil años o dos mil años, o no sé cuantos años, que una noche, que fué la del Jueves Santo, lució en la punta del cerro un resplandor amarillo. Quedaron espantados los vecinos. Parece que entonces había grandes guerras en el país. Yo no sé nada de nada. Lo único que sé es que algunas veces, cuando voy a mi huerta, donde crío los mejores rábanos y las más sabrosas patatas, y hurgo en la tierra con el azadillo, tropiezo con monedas que valieron mucho, con puntitas de flechas y de espadas... y recogí unas cuantas de estas reliquias y se las llevé al señor Abad, quien me dijo: —Estos son residuos del odio de Cerro Arisco, porque en ese cerro han peleado siempre los hombres. Guarda esos pedacitos de metal que algún día te serán comprados por los rebuscadores que a las veces vienen de luengas tierras. Pero acuérdate de que Cerro Arisco no puede dar de sí cosa buena. El Maestro de las Maldades tiene allí su misterioso recinto... Por eso habrá usted observado, señor, mi huesped, que los traficantes huyen y pasan como chispas bajo el cerro.

—Bien está mi amable hospedera. Agradézcole esas noticias, pero aún le agradeceré más que en la noche que ya se avecina, me prepare cerca de la gran hoguera de la chimenea, una mesa con su limpio mantel, y allí satisfaga mi hambre con la maestría de sus manos de cocinera.

Y la mujer bondadosísima, sonrió exclamando:

—Yo no sé más que eso: guisandear un poco, ya verá el señor si le place la cena que le preparo.

Fué en verdad espléndida, magnífica esa cena, y lo que en ella había de rústico excitaba mi apetito, harto fatigado de las sabias salsas de los cocineros de la gran ciudad.

Al otro día, muy de mañana, fui a la iglesia para oír la misa, y así que terminó, entré en la sacristía, donde el Abad se despojaba de las vestiduras. Saludéle con reverencia. Era un anciano seco, sarmiento, enjuto, de manos y cráneo marfileños. Rendido el tributo de la cortesía, el cura me dijo:

—Ningún viajero viene a verme si no es con la pregunta misma que usted trae en sus labios... Y no es que yo sea adivino, ni pobre cura de aldea! Es que los largos años de regir esta parroquia me han demostrado que la curiosidad humana está en el pecado... Y el pecado yace en Cerro Arisco.

Interrogué con insistencia al virtuoso guardián de las almas, respecto a lo que significa ese cerro al que el vecindario denominaba Cerro Arisco. Y el Abad, invitándome a sentarme en un viejo estadal, en el que antigua mano había labrado cabezillas de ángeles y rostros de profetas, y en el que le carcoma iba destruyendo el empeño de los cínceles y la fibra de la encina, me dijo:

—Hay una tradición, ignoro si fundada. Ella dice que toda esta tierra era llana como la tabla del tabernáculo. Y una tarde sonaron truenos, desgarróse la techumbre celeste con la innumerabilidad de los rayos. Cayó el aguacero. Nuestro arroyito amable, al que denominamos La Fuente del Amor de Dios, se encrespó terriblemente; llenóse de agua la llanada. Murieron miles de pécoras. Y no pocos hombres cayeron también bajo la maldición y el castigo. Una semana duró el fenómeno, y luego, cuando las nubes se alejaron y la sequía retornó, los supervivientes quedaron aterrados, viendo como la tierra había reventado, elevándose. Entonces nació el cerro. Llamas sulfúreas le coronaban... Y esto ocurrió hace tantos años, tantos siglos, que apenas se puede decir si ocurrió. Lo que sí es cierto es que, desde entonces, cuantos intentaron labrar ese cerro sufrieron terribles perjuicios. Unos hombres iban con su yunta de mulas o de bueyes para arar las laderas del cerro, y habiendo salido de la aldea como hermanos, apenas comenzaban el esfuerzo, cuando se miraban con odio. Sonaban los insultos, surgían las armas y la sangre era derramada... La tierra era pródiga, las semillas que en ella se depositaran crecían esplendorosamente, pero los trigales, cuando eran arrojados en la tolva, chorresaban agua roja. Pan que se hizo con ese harina manchada, mató a los que lo comieron. Cuéntase que una pareja de cigüeñas, venidas acaso del Egipto, en la estación que las buenas aves esperan para visitarnos, apenas pusieron sus zancas en Cerro Arisco, cayeron muertas y carbonizadas. Un peregrino de Jerusalén que venía con sus conchas sobre el hábito, se prosternó en el alto del Cerro para rezar a Dios, dándole gracias por haber llegado a la vista de aldea, donde pensaba descansar de la larga, durísima viajata... Y en torno del peregrino surgieron llamas y no quedó del santo sino un montón de huesos... Ya sé yo que la mayor parte de estas noticias son fantasías. No lo es que cuantos han intentado dominar el cerro han fracasado... Cerro Arisco se le llama desde tiempo inmemorial... Cerro Arisco es.

—Lo que usted me cuenta, señor Abad —interrumpí yo—, es profundamente significativo. ¿No le parece a usted que Cerro Arisco es un símbolo?

—Tanto lo pienso —añadió el sacerdote— que reiteradamente he dicho en mis sermones que había que conquistar Cerro Arisco. ¿De qué modo? Con las preces a Dios, con la nobleza del pensamiento, con la generosidad del sacrificio. El año pasado, en la fiesta de la Virgen del Carmen, invité a los fieles a que fuéramos detrás de la Cruz, con cirios en las manos, con virtud en el alma, a apoderarnos de ese monteuelo, a fin de que desaparecieran para siempre las ignominias supersticiosas. Y se hizo la romería en una hermosa tarde. Lució el Sol victoriosamente. Todo era azul allá arriba, y lo que no era azul era áureo. Contaban las oveicas. La llanada florecía... Pero cuando yo avanzaba con la cruz de plata en las manos, la muchedumbre popular se detuvo. Habían creído, las viejas ignorantes, sentir un crujido y hasta aseguraron varios de los romeros, que entre los peñascos de la altura salían vapores rojos, que chorreaban de las hierbas líquidos negros, que envolvía al cerrete una atmósfera irrespirable... Huyó a la desbandada la imbecil muchedumbre. Yo quedé en lo alto con la cruz de plata entre mis viejas manos. Hínqué el vástago de la Cruz en la tierra, arrodilléme, recé el Rosario. Y cuando le heube concluido y tomé de nuevo la insignia divina para volver a la parroquia, vi que a lo lejos la torpe legión palpaba en la llanura, corriendo de un lado a otro, gritando espantada... Y luego en la noche, a la hora en que se reza por las Animas Benditas me vi en la iglesia asistido de la mayoría de los feligreses. Y yo les dije: —Cobardes sois, miserables sois. Me avergüenza ser vuestro párroco... Recemos ahora para que Dios os ilumine y la barbarie desaparezca.

—Hermosa narración —dije yo, después de oír enternecido las palabras del Abad—. Hermosa y llena de esencias salvadoras. Usted es el santo restaurador de la verdad. Cerro Arisco, fué, ciertamente, lugar de peticiones, teatro de odios, miserable núcleo de luchas, pero la Fe de Dios, de quien usted es digno representante, ha reconquistado ese lugar de milenarias contradicciones. Ha bastado el empeño de usted, la oración de usted, la virtud de sus manos que consagran cada mañana la Hostia, para que la leyenda se trunque... Cerro Arisco será en breve tierra de fertilidad, faro de amores. Desde lejos lo contemplarán los vecinos de los otros pueblos, y él lucirá como una antorcha enorme alumbrando a los hombres de buena voluntad.

Cuando partí yo del pueblecito que me ha inspirado estas páginas, volaban sobre Cerro Arisco bandadas de palomas torcazas. Las aveicas del amor se detenían aquí y allá, para buscar modo de anidarse. Y al caer la tarde, cuando yo salía, tal vez para siempre de este pueblo, parecíame que entre las palomas se destacaba una figura humana... Un hombre esbelto, la lengua cabellera castaña palpitando sobre los hombros, en la brisa crepuscular. Y aquel hombre, o lo que fuera, levantaba sus manos, deteniéndolas como si quisiera bendecir el espacio, y luego, las palomas volaban y la santa visión desaparecía.

El buen Abad había reconquistado Cerro Arisco.



ANDRES SEGOVIA



ANDRES SEGOVIA, QUE VA ADQUIRIENDO una notoriedad y una fama digna de su talento, ha realizado el milagro, gracias a sus perseverantes esfuerzos y a su exquisito arte, de que se tome en serio nuestro instrumento nacional cultivado por artistas tan eminentes como Tárrega y Llovet.

La sensibilidad del guitarrista granadino, depurada por una cultura estética sólida, no sólo musical sino literaria y filosófica, es la mejor garantía de la seriedad de su arte, que ejerce como un apostolado y con el fervor altísimo de elevar el arte de tocar la guitarra a un nivel artístico del que no debió descender.

Para Segovia no existen dificultades técnicas en la guitarra; de un instrumento, al parecer de escasos recursos artísticos, él saca un gran partido, ennobleciéndole con su temperamento; pues además de los efectos de virtuosismo, como conoce los secretos de la expresión y el arte de conducir, en los pasajes de agilidad, trinos, arpeggios, escalas, armónicos, graduaciones de la sonoridad, desde el fortísimo hasta las sonoridades más esfumadas y aéreas, en una gama de variados matices, dice primorosamente, sabe *cantar* y tiene admirable sentido del matiz; su fraseo es elegante, sin amaneramientos ni latiguillos de mal gusto (a que tanto se prestan las deplorables transcripciones de algunas obras de

piano adaptadas a la guitarra) debido todo a la ternura de su sentimiento, a la claridad y pureza de su técnica y a la ponderación de sus facultades artísticas pues es uno de los pocos músicos españoles verdaderamente inteligentes que yo conozco.

Segovia se identifica de tal modo con la guitarra que, poniendo en comunicación su alma por medio de los dedos, la guitarra suspira, llora, se alegra, tiene acentos de pasión unas veces, otras, arrobadoras languideces, y siempre inefables trasportes de ensueño y de poesía, producidos por medio del portamento, poderoso medio expresivo de los instrumentos de cuerda cuando se emplea con discreción y buen gusto, y que en la guitarra produce ilimitados y bellos efectos expresivos cuando es un artista como Segovia el que la pulsa.

Con muy buen sentido, el repertorio que Segovia interpreta, por lo general, se compone de obras de los guitarristas clásicos españoles, con preferencia de los compositores Sors y Aguado, editadas en París y Londres y los de los contemporáneos Tárrega y Llovet. Segovia incluye también en sus selectos programas obras de Albéniz y Granados de carácter nacional y de compositores clásicos transcritas por Tárrega y Llovet.

El mejor elogio que podemos hacer de Segovia, es decir que a sus conciertos concurre siempre un público numerosísimo (cosa que no consiguen más que los artistas de cierta categoría) que le aplaude con gran entusiasmo, como acaba de ocurrir últimamente en el concierto que dió en la Comedia.



LA CUMBRE MÍSTICA

V

LA MÍSTICA HETERODOXA. LA RELIGIÓN DEL SENTIMIENTO Y LA FILOSOFÍA DE LA INTUICIÓN



A CIEGA SERVIDUMBRE del sentido práctico —al fin y a la postre el menos práctico de todos—; la fosca dictadura que con unas u otras banderas impuso por doquier el nuevo y arrollador positivismo, forzosamente habían de producir una inmediata reacción espiritual. No es

fácil suprimir de golpe nuestra vida interior, ni destronar el alma de su reino, ni divertir con unos sorbos la sed entrañable de lo esencial y lo absoluto. Las aguas de ese piélago eterno, sin fondo y sin orillas, no sufren que las desplacen ni refrenen; si, en apariencia, un pensamiento vano las desaloja en un punto, como a las aguas del mar la pesadumbre de orgullosa nave, no pierden nunca de su equilibrio y su nivel. Jamás tampoco el hombre, varón de altísimos deseos, por mucho que le brinden con victorias de un día y con verdades sin alas, abatirá las suyas al blando y caliente lodo de la tierra. ¿Quién no prefiere, según la frase inmortal, ser un ángel desgraciado a ser un cerdo satisfecho?

Mas, dolorosamente, en vez de una feliz restauración del idealismo integral, sobre la base incommovible de todas las potencias y los resortes del alma, sin menguas de acritud ni exclusivismo; en lugar de una fecunda y dichosa reconciliación de los instrumentos fundamentales del conocer y del sentir y del querer, los nuevos campeones del espíritu vinieron, cabalmente, a desgarrarlo en muchas banderías, a remozar añejos errores, a abrir más hondas diferencias, en lucro, al fin, del sórdido Realismo que pretendían impugnar.

A los excesos del kantismo, llevado a sus últimas y radicales deducciones por los fanáticos de la *idea* y del *fenómeno*; a la tiranía del idealismo absorbente y del positivismo dogmático; al divorcio absoluto de los términos tradicionales del conocimiento, reemplazaron una filosofía sentimental o más bien un *dilettantismo* psicológico, vago, insinuante, adulador y lisonjero por su misma imprecisión y vacuidad. Frente a las hordas materialistas que, a fines del siglo XIX, con muy diversos y capciosos motes avasallaron la ciencia, el arte, la moral y las costumbres, hasta escribir un epitafio irónico sobre la tumba de la Razón filosófica, irguiéronse una afectación espiritual, un pseudo idealismo, que presumían restablecer sobre *nuevos y anchos* apoyos —a espaldas de lo inteligible y en las tinieblas de lo subconciente— los templos seculares de la Religión y la Metafísica. De esta suerte nacieron, no con brioso empuje sino

con manso y difuso parecer, hoy al pie del altar, luego en la cátedra, dos sectas, aunque de origen y carácter diferentes, bien halladas y amigas en el fondo de su viejo y común error: el Modernismo y el Intuicionismo.

Bajo sus velos y sus máscaras, harto seductoras y amables, la *religion del sentimiento* y la *filosofía de la intuición* constituyen la más cruda y temible herejía de cuantas se han desencadenado en el mundo para batir en brecha los sólidos cimientos de la Verdad. Porque son a un tiempo herejías contra la razón y herejías contra la fe; porque son a la par demoledoras de todo culto y toda transcendencia; porque ambas declaran como un axioma inicial la esclavitud del pensamiento humano al mundo exterior de los fenómenos; porque ambas afirman que la inteligencia *no sirve* para conocer; que las especulaciones de la mente son un sueño de sueños, una ronda nocturna de apariencias, de alegorías o ficciones, el discurso un ovillo de conceptos y palabras, la ciencia un simulacro intelectual sin valor alguno fuera del orden visible; que la *verdad en sí* tan solo puede rastrearse por vía de sentimiento o a la luz de relámpago de la intuición.

Cuando era lógico y necesario que toda reacción espiritual en contra del neo-positivismo, torpe mutilador de nuestra doble naturaleza, procurase restablecer el augusto imperio del alma, el orden, la entereza y armonía de sus facultades y atributos, para erigir, al [modo de los neo-es-

colásticos, un Idealismo integral sobre bases perennes, sobre la síntesis robusta y concertada de todas las potencias del Espíritu, cuya separación y discordia fueron pecado original de racionalistas y pragmatistas, los nuevos «psicólogos» que en religión y en filosofía pretendieron hurtar al golpe del enemigo los privilegios de la vida interior, comenzaron por sustraerles toda luz intelectual, arrojarles en la sima oscura de la subconciencia y convertirles en una especie de iluminismo vergonzante, sujeto a las mudanzas fisiológicas, a las impresiones de la sensibilidad, a las fantasías de la imaginación. Así los tales psicólogos, deslumbrados por la crítica de la razón teórica y más aun por las exageraciones de sus intérpretes y secuaces, desviaron la vocación idealista de nuestro siglo y acentuaron la trágica antinomia entre el pensar y el vivir, como si la vida fuese una hembra irrazonable, una loca de atar, incompatible con el pensamiento puro, y la inteligencia una especie de fabuloso dragón, enemigo a muerte de todo impulso vital.

Negando la virtud de la fe, con los racionalistas, y la virtud de la razón, como los pragmáticos, retrajeron exclusivamente las más altas y generosas operaciones anímicas a las penumbras de un vago y hondo subjetivismo, allí donde se mezclan y confunden, como en un crepúsculo, las realidades y los sueños, la vida inconciente y la vida espiritual.

RICARDO LEÓN



LA OCASION

A una señorita bien,
luz del mundo distinguido
y de la moda sostén,
hízola el sastre un vestido
de los pocos que se ven.

Antes de haberle estrenado
(mas no de haber demandado
a la luna del espejo
la aprobación y el consejo
de juez tan calificado)

llegó a Madrid una tía
de esta niña candorosa:
dama ilustre que vivía,
muy pacífica y piadosa,
en tierra de Andalucía.

Sin que la pobre mujer
descansara de su viaje,
como había menester,
mostróle la niña el traje
que le acababan de hacer.

La prenda fué examinada
y mereció mil loores,
porque la recién llegada,
aunque estaba algo anticuada,
distinguía de colores.

Conque después de elogiarle
su traje con gran calor,
dijo a la bella al guardarle:
—Sin duda vas a estrenarle
mañana en misa mayor.

A la niña, que el descoco
por moda extrema y aguza,
entróle un reír tan loco,
que llegó a amoscarse un poco
la buena de la andaluza.

—Tía, ¡qué *pasada* estás!
¿Tú te figuras quizás
que alguien se viste a esa hora?—
La niña no dijo más,
y habló entonces la señora.

Pensó en el primer momento
hacer un largo sermón;
pero, mudando de intento,
optó por contar el cuento
que escribo a continuación:

«Visitaba el rey Fernando
una bodega en Jerez,
y, en obsequiarle pensando,
quiso el dueño hacerle juez
de un vino de... no sé cuando.

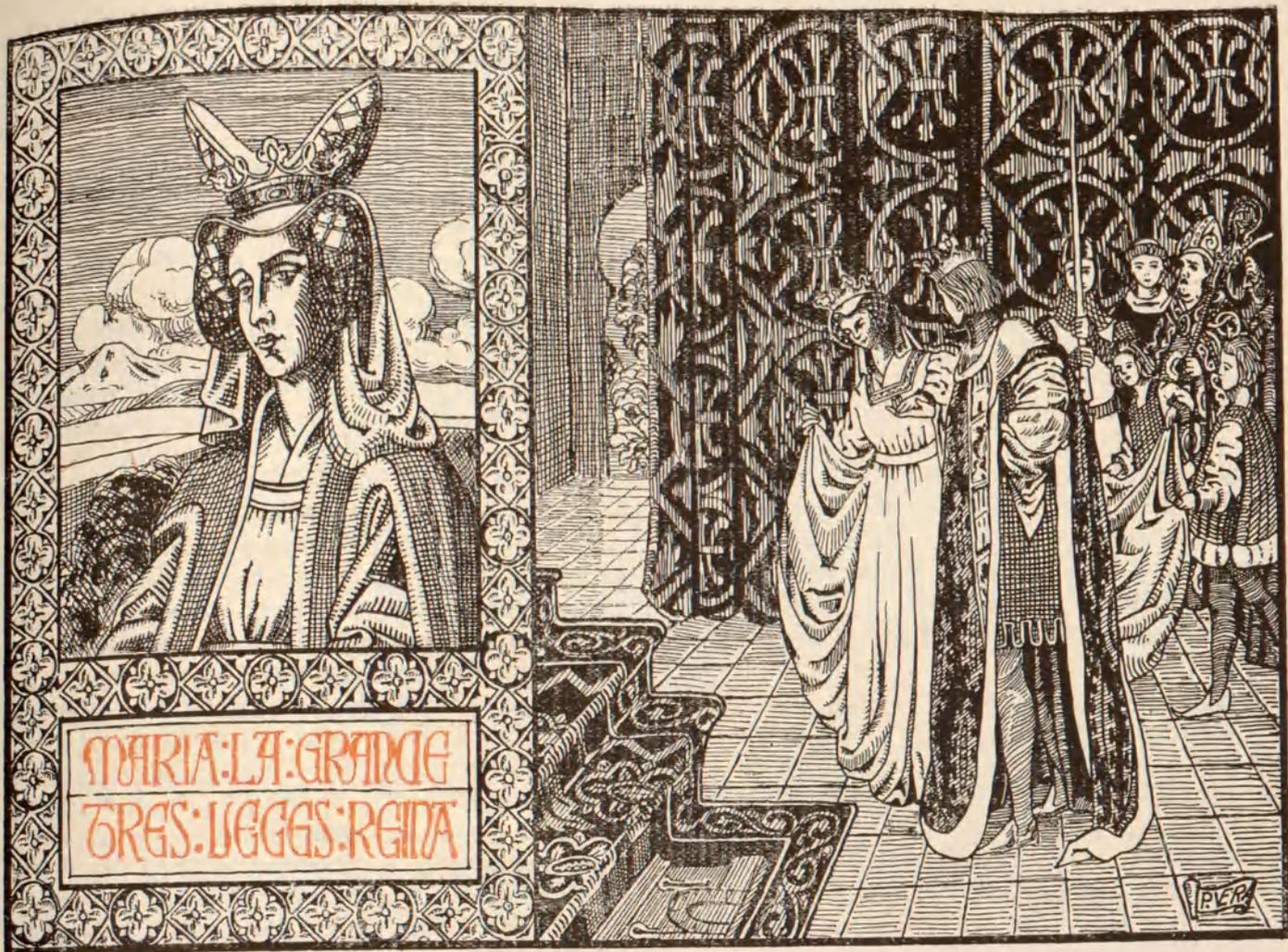
Elogió aroma y sabor
del rancio líquido el rey,
y el huésped dijo: —Señor,
pues con ser ése de ley,
aún le tengo mejor.

Esperó aquel que a tal frase
la súplica se siguiera
de que también le probase;
mas como el tiempo pasase
y el vinillo no viniera,

ante aquella decepción,
y queriendo castigarle,
dijo el rey a su anfitrión:
—Pues, hijo, ¡puedes guardarle
para mejor ocasión!

ENRIQUE MENÉNDEZ PELAYO





UBO EN CASTILLA una mujer heroica, madre y reina, que conservó en el trono contra grandes adversidades, dos reyes niños, protegiéndolos amorosamente con su mansa energía y su infinita prudencia.

Bien llamó uno de nuestros clásicos, *La Prudencia en la mujer*,

su célebre comedia donde es protagonista esta reina excepcional, pues doña María de Molina fué la encarnación de la prudencia; esta virtud, muy femenina por cierto, fué su arma y su escudo, venciendo con ella, traiciones, asechanzas, amenazas e injurias.

Doña María de Molina, hija del Infante don Alfonso de Molina y de doña María Alonso de Meneses, llevaba en sus venas, caldeándole el corazón, la noble sangre de su abuela, la insigne doña Berenguela, madre del Santo rey Fernando, el glorioso conquistador de Sevilla.

La vida excelsa de María de Molina merece y necesita la amplitud de un libro, así pues, contentémonos ahora con esbozar los rasgos de su historia, impulsados tan solo por la efusiva admiración que inspira su figura grandiosa.

Doña María, reina esposa, reina madre y reina abuela, fué reina y fué mujer con toda la ternura de las tres sagradas acepciones. Fué reina, no sólo por ser la esposa de un monarca, sino porque el destino le reservó la pesadísima carga de reinar, empezando su reinado a la muerte de su esposo y terminando al finalizar su propia vida. Tal puede decirse, pues el gobierno de su hijo el enfermizo Fernando IV, es casi nominal, siendo ella verdadera soberana,

que suple con su esfuerzo las flaquezas del joven don Fernando.

El mes de Julio de 1281 y en la muy noble ciudad de Toledo, contraía matrimonio el Infante don Sancho, hijo de Alfonso X y de doña Violante de Aragón, con doña María de Molina, prima hermana de su padre, de cuyo parentesco esperaban los dispensase el Pontífice Romano (1).

El Infante se unía a doña María, subyugado por firme y verdadero afecto, olvidando, sin duda voluntariamente, que desde 1270 estaba concertado por Alfonso X, su desposorio con la hija de Gastón de Bearne, doña Guillerma de Moncada, a quien desdeñaba don Sancho, a pesar de los caudales que poseía, por ser *muy fea y brava* (2).

El cambio favorecía bastante al sensato don Sancho que encontraba en doña María belleza de cuerpo y alma; pero el desaire a doña Guillerma, había de sentirlo luego la reina doña María.

Fueron aquellos años de continua inquietud para los desposados de Toledo, pues el Sabio don Alfonso con fatal vacilación, había declarado heredero del trono primeramente a don Sancho (1276) inclinándose luego en favor de los Infantes de la Cerda, los huérfanos de su primogénito, originándose con ello gran discordia en los reinos, que casi en su mayoría aclamaban a don Sancho.

En 1284, muerto Alfonso X, don Sancho y doña María son coronados en la misma ciudad donde unieran sus destinos, asistiendo a la solemne ceremonia, Prelados y magnates.

Entonces, allí mismo en Toledo, rodeada doña María por todos los halagos de la naturaleza, tiene un piadoso re-

(1) Flórez. *Reinas Católicas*. Tomo II, pág. 535.

(2) Zurita. *Anales de la Corona de Aragón*. Zaragoza, 1610. Tomo I, folio 274.

cuerdo filial, siendo una de las primeras mercedes reales, la concedida al monasterio de Palazuelos por Sancho IV quien expresa lo hace «por ruego de doña María la Reyna mi muger, porque me dixo que su madre yaze enterrada en el Monasterio de Palazuelos» (1).

Luego, la reina casi siempre acompaña al soberano en todos sus viajes, y en el primero que hizo entonces a Sevilla, nació un Infante donde mismo muriera su bisabuelo San Fernando, con cuyo nombre es bautizado.

Después doña María hubo de sufrir las vejaciones de un privado que supeditó la voluntad del rey, Don Lope Díaz de Haro, Señor de Vizcaya, que se adueñó de fortalezas y caudales, y además era primo de doña Guillerma de Moncada, quiere separar al rey de doña María, alegando la nulidad del matrimonio, para casar al monarca con la poco agraciada doña Guillerma y con tal fin emprende una verdadera persecución contra doña María, procurando sembrar la discordia entre los esposos. Pero la reina, perspicaz y prudente, no se queja siquiera, viendo con resignación como la separan de su ama y consejera, la noble doña María Fernández Coronel, quien sufre de don Lope toda clase de atropellos.

El rey, como embrujado, no ve el peligro a que le conduce la creciente ambición de don Lope, pero doña María con su claro talento se penetra del mal que amenaza a sus hijos, mas nada puede hacer sin amigos, sin apoyo ninguno, no teniendo a quien se tornar salvo a Dios.

Pero la Providencia hizo que por influjo de la soberana, el rey trovador, don Dionís de Portugal, abriera a la realidad los ojos de don Sancho que desde ese momento quiere recobrar su perdida autoridad.

Los hechos se suceden con demasiada acritud entre el monarca y su valido, hasta que un día aciago, en la villa de Alfaro, la cólera del rey pone trágico epílogo a la privanza de don Lope. Hallábase también presente, el yerno del de Haro, el turbulento Infante don Juan, hermano de Sancho IV, quien sediento de venganza, armada aun su mano, después de ver caer a su impulso al Señor de Vizcaya y a Diego López de Campos, hubiera manchado su memoria con un fratricidio, sino se presenta la reina, quien a pesar de estar próxima a ser madre, penetra en aquella siniestra estancia, atraída con espanto por el rumor de la contienda. Ante la presencia de doña María, corre el Infante a ampararse bajo su manto y salva la vida, gracias a la clemente soberana que serena el ánimo del rey (2).

Pasados los años, cuando en 1292 el infiel amenaza a Andalucía, la reina no solo anima con su consejo a Sancho el Bravo, sino que colabora a la campaña.

Entonces, mientras don Sancho asedia a Tarifa, la reina desde Sevilla ordena el aprovisionamiento de las fuerzas sitiadoras, disponiendo de los caudales con mesura y acierto.

Además, a la vez que piensa doña María en las necesidades materiales del monarca, tiene presentes los peligros que afronta su marido, contra los cuales no valdrían humanos esfuerzos, sino bendiciones del cielo, y por eso dispuso se dieran 400 maravedís a los conventos de Mayorga y Villalpando, «porque rogasen a Dios por el Rey quando estaba sobre Tarifa»; 200, a los Predicadores de León, «por la Oración que tovieron por el Rey quando estaba sobre Tarifa», y asimismo, a los Predicadores de Benavente, «por esta razón» (3).

La plaza se rindió al empuje cristiano, pero el rey adquirió la dolencia de que ovo de morir, y aunque la enfermedad no se manifestó con carácter agudo, el rey Bravo pierde energías y la reina colabora activamente al lado de su esposo.

Vuelta la Corte a Castilla, el rey alguna vez alterna con los negocios de estado, el deporte de la caza. yendo cierta ocasión a tierra de Castrojeriz, abundante en perdices, y mientras el rey esparcía el ánimo en cinegética excursión, sabemos que la reina se regaló con bien sencilla golosina, pues la panadera doña María Viñas recibe cien maravedís, «por pan blanco que dió et pinonadas a la Reyna mientras el Rey fué a caça» durante el mes de Marzo de 1294. (1).

Pero al año siguiente el rey se consumía en garras de la tuberculosis, recibiendo en tan tristes circunstancias la feliz nueva de la defensa de Tarifa, realizada por el heroico Guzmán el Bueno y Juan Mathe de Luna. (2)

A fin de 1294, el rey doliente va desde Valladolid a Toledo y se detiene unos días en Peñafiel siendo allí muy obsequiado por su primo el literato D. Juan Manuel quien nos cuenta como la reina seguía en pos del Rey.

Luego Sancho viendo próximo su fin, hallándose en Madrid habla largamente con D. Juan Manuel, y termina su triste plática haciéndole a éste una postrera recomendación que envuelve con todo su afecto hacia la reina, una acerba y dolorosa profecía; dice, agobiado por la fatiga: «La tercera razón que vos he a decir et a rogar es que sirvades et hayades en acomienda a la reina doña María, ca só cierto que lo habrá muy grand mester et que fallará muchos después de mi muerte que serán contra ella...» ¡Pobre rey!, cuánta verdad encerraban sus amargas palabras. (3)

Luego el rey en Alcalá de Henares hizo su testamento rodeado de su corte y reconociendo «como la reina doña María su muger era de grand entendimiento diole la tutoría del Infante don Fernando su hijo» el niño contra quien se levantarían innúmeros enemigos.

Tres meses después, Sancho IV moría en Toledo el 25 de Abril de 1295 e la Reyna... con las dueñas fizo tan gran llanto que vos non podría ome contar cuán grande era...» María de Molina lloraba su viudedad sin consuelo y el desamparo de su hijo. (4).

La soberana, venciendo su profunda tristeza, después del entierro de su esposo vuelve toda su atención hacia su hijo, por quien ha de velar con indecible celo. El heredero don Fernando, despojado de enlutadas ropas, es vestido con paños nobles de Tartari, celebrándose entonces una conmovedora escena. El niño huérfano es puesto en el altar de la catedral toledana, y siendo proclamado rey y señor por Arzobispos y Ricos hombres, jura guardar los fueros de su reino, jurando después por él con honda emoción su madre doña María.

Toledo, la ciudad de sus bodas y de su coronación, era también para doña María la ciudad de su duelo.

Desde ese momento, puso Dios en manos de aquella dolorida mujer el cetro de Castilla.

Entonces empezó doña María una lucha sin tregua contra los nobles ambiciosos y los turbulentos Infantes que pretendían la tutela del rey; contra Aragón, Portugal y Granada que apoyaban a don Alfonso de la Cerda, aspirante al trono castellano; contra el moro Benimerin que ame-

(1) Biblioteca Nacional, Mss. 13.090

(2) El Dr. Simón Nieto, afirma fué tuberculosis la enfermedad que llevó al sepulcro a Sancho IV. Una página del Reinado de Fernando IV, pág. 15. Valladolid, 1912.

(3) Obras de D. Juan Manuel. Escritores en prosa anteriores al siglo XVI. página 265, Rivadeneira, Madrid, 1884.

(4) Crónica de Sancho. Biblioteca de Autores españoles. Rivadeneira. Madrid, 1875; Pág. 90.

(1) Real carta de Palazuelos, otorgada en Toledo el 3 de Mayo de 1284. Docs. Reales de Palazuelos, Caja 247. Archivo Histórico Nacional.

(2) Labairu. Historia General del Señorío de Bizcaya. Tomo II, pág. 253, Bilbao, 1897.

(3) Biblioteca Nacional, Sección de Manuscritos, Mss. 13.090.

nazaba a Andalucía, y contra las infinitas penalidades que todo esto originaba, careciendo de numerario hasta para lo más indispensable. A todo esto se unía el desconcierto de los reinos, que dando oídos a la voz sediciosa de los rebeldes, no apoyaban al rey niño.

Bien había dicho don Sancho que muchos serían contra la reina, más no pudo figurarse nunca, cuadro tan desolador, tantas miserias.

Don Enrique el decrépito, hermano de Alfonso X, aventurero en el extranjero y malvado en su patria, se finge amigo de doña María quien conociéndolo a fondo prefiere mantenerlo cerca y accede a compartir con él el gobierno de los estados, pero sin confiarle la guarda de Fernando. Además, el Infante pretendía la mano de la joven y hermosa soberana, que se niega con entereza a semejante enlace.

El Infante don Juan, empedernido en el mal, se proclama rey de León y no escatima medios para corresponder con ofensas a beneficios recibidos de María de Molina que siempre se muestra propicia al perdón.

Con cuánto acierto comprendió el inspirado Tirso el carácter de la reina inmortal, poniendo en sus labios estos versos dirigiéndose a los felones infantes:

Poco estima a su enemigo
Quien le vence y vuelve a armar;
Que en el noble es premio el dar.
Como el recibir, castigo,
Si dándoos vida os obligo,
Por vuestra opinión volved,
Y si no guerra me haced;
Veamos quien es más firme,
Vosotros en deservirme,
Y yo en haceros merced.» (1)

Doña María va sin descanso de un sitio a otro, convoca Cortes, y con acentos de digna humildad habla a los pueblos, que se van avasallando al afectuoso conjuro de su dulce palabra de paz.

Así ocurrió en Segovia, ante cuya puerta cerrada permanece la reina con el rey, hora tras hora, esperando la respuesta de la ciudad; y viendo su negativa María de Molina en vez de mostrarse airada, les persuade con serena firmeza, entrando Fernando y su madre en el alcázar donde hubieron de esperar hasta la noche que les dieron algún sustento, pues *no tenían guisada cosa de comer*. Tal era la vida errante de las reales personas, la viuda y el huérfano, que iban de villa en villa mendigando sus derechos.

Para la soberana, que defiende el patrimonio de Fernando con todo el fuego de su amor materno, no existe la fatiga corporal, y en las cortes de Valladolid asiste a las sesiones desde la mañana hasta las tres de la tarde sin comer, sin moverse, sin flaquear su naturaleza femenina. Luego, cuando faltaban subsidios para la guerra con Portugal, agobiada por tantos sufrimientos no puede sostenerse, y en andas, sobre una mula emprende camino hacia la ciudad del Cid, alojándose allí con llaneza burguesa en la calle de San Llorente donde moraban todos los mercaderes de quienes obtuvo el dinero preciso.

La desventurada viuda de Sancho IV acude a infinitos medios para sujetar los reinos al partido de Fernando, y dispone que sus otros hijos, niños pequeños, sean como prendas de lealtad en cada villa, confiándolos con entereza a los Concejos que se muestran más hostiles. Felipe fué encaminado a Villalpando, Pedro a Palencia, Enrique a Toro, Beatriz a Toledo, y la primogénita Isabel a Guadala-

jara. Aquellos pedazos de su corazón, distribuidos por León y Castilla, eran como el emblema de su amor a los reinos que se esparcía efusivo, entregándose sin recelos a la fidelidad de sus súbditos.

Mientras sus enemigos a la sombra urdían hipócritas conjuras, ella se guiaba por los arranques de su alma sin mancilla; por eso la honradez moral de los verdaderos *hombres buenos* de Castilla se rendiría al fin atraída por la nobleza de María de Molina.

Entre tanto, las huestes aragonesas, mantenedoras de Alfonso de la Cerda penetraban hasta la tierra de Campos, pero el Cielo velaba por Fernando y el enemigo es totalmente derrotado pereciendo en la contienda el Infante don Pedro de Aragón e importantes magnates. Entonces la soberana da muestras de su grandeza de alma, pues además de dar seguro para sacar de Castilla con honra los cadáveres de sus enemigos, al saber iban los ataudes modestamente engaladados, *mandóles dar sendos paños* muy ricos.

Al fin, el año 1300, el Infante don Juan se somete, jurando al rey Fernando y a los de su linaje; y al año siguiente llega de Roma la ansiada legitimación de los hijos de Sancho IV y María de Molina, casados sin dispensa del Papa.

Aquel documento que los Pontífices se habían mostrado rehacios a conceder, lo otorgaba ahora Bonifacio VIII manifestando *que señaladamente las gracias que él hacía, hacía las por la reina* a quien sinceramente admiraba; además envió a decirle a la insigne castellana *que en cuanto él fuese vivo que punase en le demandar las gracias que quisiese, que cierta fuese que gelas daría* (1).

El malévolos anciano don Enrique, con perversas intenciones hizo correr el rumor de que las Cartas Apostólicas eran falsas, pero la reina le desmiente públicamente tomando al heredero y acompañada de los prelados y Ricos hombres de su corte se dirige a la Catedral, y después de oír misa cantada en acción de gracias, hace leer ante el pueblo las Letras Romanas, cuya sanción resonaría solemnemente en la amplitud de las artísticas naves de Santa María de Burgos.

Sin embargo, aquella satisfacción procuran amargarla los constantes perseguidores de María de Molina. Como el rey es mozo ya, intentan apartarlo de los consejos maternos y acuden para ello a viles medios, favoreciendo las circunstancias sus innobles planes, pues la reina ha de ir a Vitoria con el fin de ventilar urgentes negocios con Francia (2).

El adolescente don Fernando, entusiasta de la caza, a instancias del Infante don Juan y de don Juan Núñez, solicita de su madre le deje ir con ellos a una montería, a lo cual accede la reina, sin recelos.

Entonces mientras María de Molina labora por el bien de su hijo, éste, sin carácter firme, sin noción del mal, da oídos a infames palabras, tales como aquellas proferidas por Gonzalo Gómez de Caldelas, instrumento de don Juan Núñez que le dice al monarca, haciéndole observar tiene ya edad para obrar por su cuenta *«e si siempre avedes a andar en pos de vuestra madre, nunca valdredes nada»*; agregando con felonía e insidia, que de ese modo, siempre iría como hasta entonces, *«muy pobre e muy menguado»*.

La reina con acerbo dolor conoce la verdad y llama al hijo que no acude a su lado; mas ella le perdona, y sin reparar en su pena, sólo procura sustraerlo al peligro en que se halla con la más tierna benevolencia, hasta que el rey

(1) Tirso de Molina (Fray Gabriel Téllez) Biblioteca Universal, Tomo XXII, página 45, Madrid, 1918.

(1) Crónica de Fernando IV, ed. Rivadeneyra, cop. VIII, pág. 119.
(2) Doumet, *Mémoire sur les Relations de la France et de la Castille de 1235 a 1320*. París, pág. 128.

vuelve atraído por la bondad de su madre. No obstante, la mala simiente ha dejado huellas, y Fernando se deja influir fácilmente por cualquier impostura.

Una de tantas punibles falsedades dichas al joven soberano, fué que su madre había dado a otro las sortijas de su padre el rey don Sancho el Bravo, pensando sin duda los difamadores, que doña María había tenido que deshacerse de ellas en tiempos de angustiosa penuria. El crédulo Fernando se presenta en la cámara de su madre y le exige las alhajas del rey Bravo; entonces la reina, ajena a las rastreas maquinaciones, no lo toma a ofensa y ordena a su camarera Mari Sánchez traiga las mencionadas joyas, apareciendo las sortijas del difunto don Sancho; así se desvaneció la indigna sospecha de Fernando IV.

Luego llevan las suspicacias del rey por el lado de los dispendios, dando a entender que doña María había tomado grandes cantidades de las rentas; de esta nueva prueba sale también triunfante la abnegada soberana, pues el rey ignorante de muchos y callados sufrimientos de la reina, se informa entonces, queremos creer que con honda emoción, cómo su madre, por conservar la corona había vendido cuanto tenía de vajillas y esplendores, así que *non fiadó con ella más de un vaso de plata con que bebía, e comía en escudillas de tierra*. Y sin embargo, a pesar de todo esto, había guardado las sortijas de su esposo, como amado recuerdo, sabe Dios a costa de cuántas privaciones.

La reina, siempre magnánima, que perdonó en vida a sus enemigos, les honró muertos, así cuando dejó de existir el inquieto Infante don Enrique, desairado de sus propios vasallos, ella viendo que al llegar a Valladolid el féretro *no traía candelas ninguna, ni ningún paño de oro*, ordena se le hagan los honores dignos a su rango, yendo personalmente a los oficios religiosos a San Francisco.

Entre las pocas alegrías de María de Molina se contó el año 1311 (13 Agosto) el nacimiento de Alfonso XI, su único nieto varón, hijo de Fernando y de la portuguesa doña Constanza, pero bien pronto la tristeza nublaría cruel este contento, pues al año siguiente moría el rey Fernando IV al emprender campaña contra el moro.

De nuevo se reproduce la lucha para María de Molina, que entonces más que nunca ha de esgrimir su prudencia sin límites para evitar choques con su nuera doña Constanza, cuya juvenil inexperiencia quieren explotar los nobles codiciosos y el Infante don Juan.

En tales momentos doña María, deseando armonizarlo todo y conservar la corona al nieto como la guardara al hijo, manda un mensajero a Avila donde se criaba el niño, rogándole al electo don Sancho custodie al rey y no lo entregue a nadie, hasta que en asamblea legalmente constituida se disponga y ordene la tutoría de Alfonso.

Don Sancho obedece, y en el fortificado recinto de la propia Catedral, es guardado el rey niño (1).

En 1313, moría también en plena juventud, la reina doña Constanza, a quien siempre hizo *mucha honra e mucho bien* María de Molina, que incansable, después de esta nueva desgracia ha de asumir la defensa de su nieto con cariñoso afán.

Años más tarde, el constante trabajo material y los morales sufrimientos acabaron por quebrantar la salud de la reina, que enfermó gravemente en circunstancias muy difíciles, cuando estaban convocadas cortes en Valladolid.

María de Molina, viendo cercana su muerte, piensa con hondísima pena en el desamparo de su nieto, que sólo cuenta diez años de edad, y no encontrando a quien encomendarlo con absoluta confianza, acude como otras veces a la fidelidad de sus vasallos. Los caballeros y el Concejo

de Valladolid son convocados en la real cámara, y María la Grande, con solemnes y conmovedores acentos, los requiere para que con su hidalguía amparen la orfandad del niño don Alfonso hasta que tenga edad de reinar. La lealtad de estos hombres se afirmó con fuerza inquebrantable al merecer la fe de aquella moribunda, ejemplo de sublimes virtudes.

El testamento de María de Molina, sencillo y minucioso, no olvida deudas, compromisos, ni ofrecimientos; y después de disponer sufragios por sus amados muertos, encarga muy especialmente se retribuya con determinadas mandas a sus fieles servidores, figurando entre otros muchos sus *dueñas, doncellas cobijeras, camareras, despenseros y porteros*.

En la larga lista de Monasterios favorecidos por la reina en su postrera voluntad, aparece el de Medina de Rioseco, que como no había podido obtener cartas reales de Fernando IV, confirmando cierta merced de doña María, hace consignar estas palabras que sean recuerdo y obligación para el monarca don Alfonso, a quien ruega cumpla esta gracia al dicho monasterio, dice: *e fio de Dios, que tal es él (Alfonso), y tal deuda a él conmigo, y yo con él, por la criança que yo en él fice y por el afán y trabajo que tomé en la su hacienda, que lo terná él por bien*. Sobriamente, sin alarde ninguno, declara los cuidados tenidos con su nieto, no por vanagloria impropia de su carácter, sino expresándolo tan sólo como arma afectuosa para inclinar el ánimo del rey en favor de su piadosa manda (1).

El mes de Julio (1321), aniversario de sus bodas, moría en Valladolid en el convento de San Francisco.

MERCEDES GAIBROIS DE BALLESTEROS

(1) Crónica de Alfonso XI, ed. Rivadeneyra, pág. 174.

(2) El testamento de María de Molina lo publica Salazar y Castro en el tomo IV, pág. 32, de su *Historia Genealógica de la Casa de Lara*, Madrid, MDCXCIV.

